

PENSAMIENTO SOCIAL:
HISTORIA DE LAS MENTALIDADES,
MEMORIA COLECTIVA
Y REPRESENTACIONES SOCIALES

Amílcar Carpio Pérez

Jorge Mendoza García



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

CUADERNOS DE INVESTIGACIÓN

HM1033

C3.6

Carpio Pérez, Amílcar

Pensamiento social: historia de las mentalidades, memoria colectiva y representaciones sociales / Amílcar Carpio Pérez, Jorge Mendoza García. – México : UPN, 2018

1 texto electrónico (67 p.) : 1.2 Mb. ; archivo PDF –
(Cuadernos de investigación)

ISBN 978-607-413-298-4

1. Representaciones sociales 2. Memoria – Aspectos sociales I.
Mendoza García, Jorge, coaut. II. t. III. Ser.

Pensamiento social: historia de las mentalidades, memoria colectiva y representaciones sociales

Amílcar Carpio Pérez

Jorge Mendoza García

Primera edición, diciembre de 2018

© Derechos reservados por la Universidad Pedagógica Nacional

Esta edición es propiedad de la Universidad Pedagógica Nacional,

Carretera al Ajusco núm. 24, col. Héroes de Padierna, Tlalpan, CP 14200,

Ciudad de México

www.upn.mx

Esta obra fue dictaminada por pares académicos.

ISBN 978-607-413-298-4

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa de la Universidad Pedagógica Nacional.

HECHO EN MÉXICO.



PENSAMIENTO SOCIAL:
HISTORIA DE LAS MENTALIDADES, MEMORIA
COLECTIVA Y REPRESENTACIONES SOCIALES

Amílcar Carpio Pérez

Jorge Mendoza García

ÍNDICE

Introducción	6
1. Mentalidades: una expresión historiográfica del cambio social	11
Los antecedentes	11
El contexto.....	15
La definición.....	19
Las mentalidades: una expresión de larga duración	24
2. La perspectiva de la memoria colectiva o recordando en común	26
Sobre esta versión	26
Los recipientes: marcos sociales	28
Comunicar: lenguaje y narración.....	30
Memoria colectiva y memoria individual	35
Prácticas sociales.....	39
La memoria colectiva como pensamiento de mediana duración.....	42
Comentario.....	43
3. La aproximación de las representaciones sociales o pensando juntos	45
De dónde provienen	45
Qué son	46
Son de grupo y sociales	49
Dos procesos: objetivación y anclaje.....	50
Su estudio.....	54
Las representaciones sociales como pensamiento de corta duración	55
Comentario.....	56

Referencias	57
Anexo: Propuesta de categorías de trabajo	61
Historia de las mentalidades	61
Autoritarismo arraigado.....	61
La vieja protesta estudiantil	62
La ideologización de la prensa.....	62
Memoria colectiva	62
El significado del movimiento de 1968	62
Fechas y lugares del movimiento.....	63
Personajes del movimiento.....	63
El recuerdo del 2 de octubre.....	63
Las consecuencias del 68.....	63
Representaciones sociales	64
Representación del 2 de octubre	64
Eventos alrededor de la conmemoración del 68	64
La participación.....	64
Semblanza de los autores	65

El pensamiento social se distingue del pensamiento individual, en tanto que este último supone una creación y un desarrollo desde el propio individuo. Varios han sido sus exponentes, por ejemplo en el campo de la psicología, desde el propio Jean Piaget hasta los partidarios de las denominadas inteligencias múltiples, como Howard Gardner. No es que estos teóricos supriman el medioambiente o las relaciones sociales, sino que, simplemente, no son objeto de su interés y trabajo, no las desarrollan y no hacen hincapié en la importancia y relevancia de lo social. En ellos lo social es un enunciado, no más. Esta idea de lo individual está arraigada en diversos ámbitos de la vida en sociedad, no sólo en la academia, pues también el habla cotidiana enuncia tal supuesto: “piensa con la cabeza”, suele advertirse a quien dice alguna extravagancia o hace mal las cosas. Un golpe en la cabeza deviene argumento de los papás, para señalar que hay que pensar de determinada manera y es con la cabeza. No obstante, pueden también advertirse atisbos y elementos, tanto en la academia como en la vida cotidiana, que dan cuenta de otra forma de concebir el pensamiento.

Charles Blondel, allá por 1928 señaló que se pensaba y recordaba por medio de las relaciones que se establecían entre las personas, que ahí estaba lo social, y que el lenguaje jugaba un papel relevante al respecto. El lenguaje, hay que recordar, es un sistema de signos, de creación cultural. Una postura similar esgrimió Lev Vygotsky, para quien pensar era una actividad superior que primero se presentaba en el plano social, después en las relaciones diádicas y posteriormente las personas terminaban por dominar tal proceso. También para este autor el lenguaje jugaba un papel fundamental en la formación del pensamiento. Para Wilhelm Wundt, igualmente, el pensamiento iniciaba en la arena cultural y terminaba por ir conformando al sujeto en medio de una serie de prácticas instituidas. En estos autores, y sus propuestas, pueden encontrarse elementos que dan cuenta de un pensamiento

no individual, sino un pensamiento que podríamos denominar social. Asimismo, en la vida cotidiana la gente suele esgrimir que uno “cae en malos pensamientos”, cual si se tratara de una atmósfera, se esgrimen cosas como “piensas como tu mamá”, para dar cuenta de lo compartido o “naciste en otro siglo”, para indicar que se piensa de acuerdo a otra época.

En el presente libro, lo subyacente y lo manifiesto es que sin lo social y cultural no hay pensamiento. Dicho pensamiento, desde la perspectiva de cierta psicología social y cierta historia se manifiesta a través de, al menos, tres formas: las representaciones sociales, la memoria colectiva y las mentalidades.

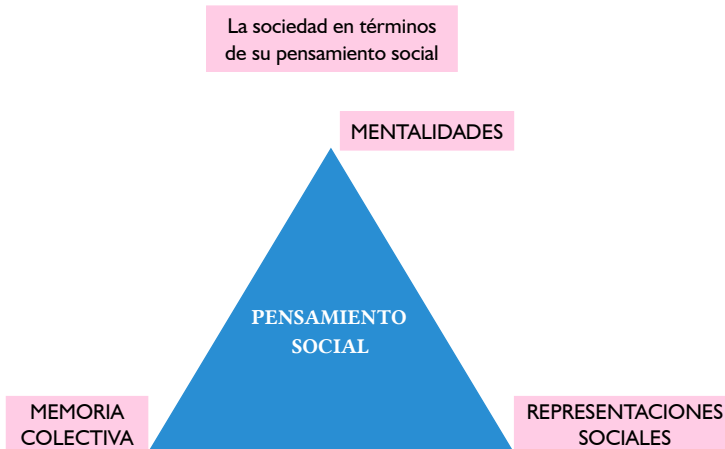
En el primer caso, estamos frente a un pensamiento presente. Son los grupos en el tiempo presente quienes significan determinados eventos, provengan éstos del pasado o se vayan conformando en la actualidad. Tal es la situación del libre mercado o la democracia para los países socialistas o como se representan el dinero hoy día: tres décadas atrás no había cajeros automáticos que proveyeran de papel moneda o no circulaban tan masivamente las tarjetas bancarias, elementos que proveen de formas de pensamiento compartido, que configuran lo socialmente significativo en la actualidad. También los eventos que se heredan conforman representaciones compartidas por grupos, como ciertos movimientos contestatarios o, en un caso reciente, el temblor del 19 de septiembre de 2017 que remitió a amplios sectores de la Ciudad de México al temblor del 19 de septiembre de 1985, donde el recuerdo también juega su papel. Las representaciones sociales son tendientes a eso que en la historia se denomina de corto aliento.

En el segundo caso, el de la memoria colectiva, asistimos a recuerdos, también grupales que, si bien aunque se reconstruyen desde el presente, remiten a un pasado significativo, de eventos que pudieron o no experimentarse, pero que resultan significativos en virtud de lo que los grupos nos señalan que debemos recordar, de acuerdo a ciertos marcos de referencia. De esta forma, determinados grupos de izquierda reivindican ciertos sucesos con los que se identifican y los grupos de derecha otros tantos. En México, ciertas agrupaciones reivindican y se sienten herederos de la guerra cristera de la primera mitad del siglo xx, otros ni por asomo la conocen y nos les

parece relevante. En cambio, a otros colectivos les convoca un recuerdo común las masacres estudiantiles o las tomas de las universidades por parte de la policía o el ejército, y año con año conmemoran esa intromisión en la vida de las universidades de parte del poder. Recordar para no olvidar, suelen decir. La memoria colectiva es tendiente a eso que se denomina mediano aliento.

En el tercer caso, la historia de las mentalidades se dirige a lo impersonal, lo afectivo, lo colectivo; a las formas de sentir, pensar e imaginar la realidad por sectores amplios de la sociedad, lo cual se va anclando en un proceso lento al paso del tiempo. Los estudios reiterativos sobre ciertas prácticas sociales en el pasado, dan cuenta de las diversas manifestaciones de una mentalidad compartida, colectiva, que se arraiga en amplios sectores y permite establecer determinadas relaciones simbólicas con personajes, como los reyes, con artefactos, como su reticencia a cierta tecnología que se iba introduciendo en las sociedades siglos atrás, o con ciertos elementos naturales, como el agua, su contacto o no con ella, según las circunstancias y la época, o la devoción por ciertos santos que se forja en décadas o siglos. La historia de las mentalidades estaría más inclinada hacia el largo aliento, abordando problemáticas sociales.

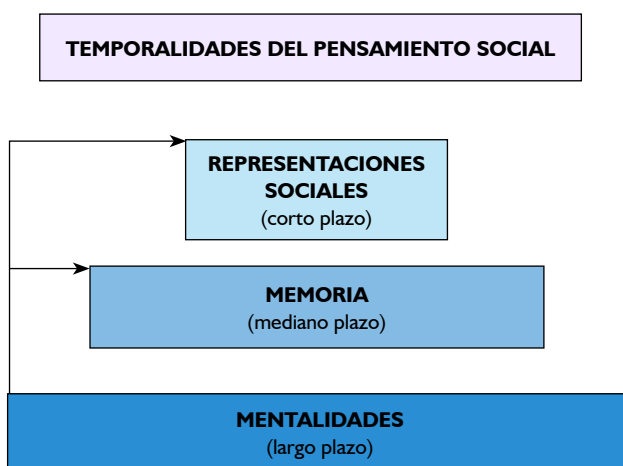
En términos esquemáticos podría quedar su relación así:



Cada extremo del triángulo da cuenta de una forma de estar dentro del

pensamiento social de una sociedad. No obstante, hablar de representaciones sociales lleva a tomar en cuenta la memoria colectiva y hablar de memoria colectiva trae consigo la consideración de las mentalidades, y al hablar de mentalidades, hay que contemplar su decantación en el presente, esto es, en las representaciones sociales. Esa sería su relación.

En términos temporales podríamos considerar el siguiente esquema:



En el fondo, como cultura compartida de largo aliento, se encuentran las mentalidades que pueden dar cuenta de pensamientos que van incluso más allá de un siglo. En un segundo nivel se encuentra la memoria que evoca sucesos significativos de mediano plazo en su forma empírica de estudio, sucesos que se inscriben en un siglo. En la expresión más reciente, las representaciones, de las cuales incluso se puede atestiguar su formación dado los objetos sociales a los que se avocan. Tres temporalidades del pensamiento social, tres momentos de abordar fenómenos de la vida de una sociedad. Desde estas tres perspectivas del pensamiento social pueden reconstruirse varios acontecimientos, fenómenos, procesos, sujetos sociales... según sea la voz que enuncia.

En este caso, lo que aquí se presenta, es la parte conceptual de una investigación que hurga el movimiento estudiantil de 1968. A 50 años de ocurrido, nos hemos dado a la tarea de explorar distintas expresiones que se encuentran

en el mismo 68, como los escritos por parte de su órgano de dirección, el Consejo Nacional de Huelga, y sus volantes, así como lo que la prensa y otros sectores, como los empresarios, que en su momento se manifestaron. Exploramos, asimismo, sobre los escritos que varios de los dirigentes posteriormente publicaron. Reconstruimos, a partir del análisis de los principales periódicos de la época y en años recientes, cómo se ha desarrollado ese discurso sobre los movimientos de oposición. Igualmente, hemos entrevistado a participantes de aquel entonces y a quienes en la actualidad de alguna manera se vinculan a las manifestaciones que conmemoran el movimiento de 1968. Representaciones sociales de los actuales jóvenes, memoria colectiva de los participantes de entonces y mentalidades sobre el quiebre del orden autoritario de un sistema político, social y cultural, que se enquistó en distintas instituciones, como las universidades y las familias. Eso forma parte de un segundo momento de la actual investigación. En este primer escrito, proponemos un marco de referencia e interpretación de una investigación empírica en proceso.

1. MENTALIDADES: UNA EXPRESIÓN HISTORIOGRÁFICA DEL CAMBIO SOCIAL

*Hoy como ayer, más que ayer,
la historia de las mentalidades privilegia
con muy pocas excepciones
lo colectivo sobre lo individual
los procesos culturales impersonales
en relación con la cultura de los autores y de las obras,
lo psicológico sobre lo intelectual,
lo automático sobre lo reflexivo.*
Revel

Cuando nos referimos a la Historia de las mentalidades hablamos de la corriente historiográfica surgida inicialmente en el medio francés, como respuesta a la crítica académica y social aparecida durante la segunda mitad del siglo xx. Este nuevo enfoque fue llevado a cabo por historiadores ligados a la conocida Escuela de los Annales en su tercera generación, encabezados por Georges Duby, Jacques Le Goff, Emmanuel Leroy Ladurie, Philippe Aries, entre otros.

En este apartado proponemos hacer un recuento de la influencia de esta corriente siguiendo como hilo conductor las siguientes temáticas: antecedentes, contexto, definición, temas de investigación y su relación con los movimientos sociales.

LOS ANTECEDENTES

Los antecedentes de las mentalidades los podemos ubicar desde principios de siglo xx: fue una noción que se trabajó en varias disciplinas y que propició un

fuerte acercamiento entre la Psicología e Historia. Aunque la noción de mentalidad la desarrolló en un primer momento el etnólogo Lucien Levy-Bruhl (1857-1939), dentro de la Historia uno de los autores más influyentes para que se diera un cambio en la forma de escribir en la primera mitad del siglo xx, fue Henri Berr (1863-1954). Él expuso también una idea de las mentalidades en sus escritos, por ejemplo, en su obra *Al margen de la historia Universal*, hace referencia a la importancia del estudio de la mentalidad: “las adquisiciones, las creaciones de la mente se comunican y se transmiten en lo que tienen de más contingente: de ahí una mentalidad colectiva en el sentido estricto de la palabra” (Berr, 1961, p. 219).

Si bien Berr no ha recibido el reconocimiento merecido, influyó de manera determinante en las ideas de dos de los historiadores más importantes del siglo xx: Marc Bloch (1886-1944) y Lucien Febvre (1878-1956). La primera mitad del siglo xx tuvo un ambiente propicio para el diálogo entre disciplinas, por ello ambos historiadores pudieron ampliar sus horizontes académicos debido al entorno durante su estancia en la Universidad de Estrasburgo que les permitió conocer a colegas interesados en los mismos temas. Al parecer su amistad con el psicólogo colectivo Charles Blondel y con Maurice Halbwachs aportaron más inquietudes para profundizar en temáticas como lo colectivo, las mentalidades y la memoria.

Marc Bloch en varios de sus textos dejó evidencia de su interés por el estudio de las mentalidades y la memoria colectiva, como en su trabajo sobre los *Reyes Taumaturgos* (1924) considerado como una de las obras más creativas de su época. En los *Reyes Taumaturgos* la problemática de las mentalidades está presente con el tema de las representaciones colectivas “que permitieron afirmar y difundir la fe en el poder taumaturgico de los reyes franceses e ingleses” (Ginzburg, 1997, p. 21). En la *Sociedad Feudal* también dedicó un capítulo a la problemática de las mentalidades religiosas, nombrándola como la actitud religiosa de la Europa feudal. Bloch destaca algunos puntos comunes de la mentalidad religiosa, interesándose en el impacto en la conducta social de estos hombres: “tendremos que limitarnos aquí a retener las orientaciones de pensamiento y de sentimiento cuya acción sobre la conducta social parece haber sido particularmente fuerte”

(Bloch, 2002a, p. 105). En su ensayo “Las transformaciones de las técnicas como tema de psicología colectiva” publicado en el *Journal de psychologie normale et pathologie* (1948), Bloch intenta responder los motivos que llevan a una sociedad a adoptar o rechazar el uso de nueva tecnología, él se pregunta “¿Qué causas explican estas reacciones distintas?”. Una de las cuestiones que considera para responder esta pregunta es el estudio de la rutina campesina apegada a sus tradiciones tratándola de explicar como un rasgo peculiar de la “mentalidad colectiva” (Bloch, 2002b, p. 497). Las tradiciones persisten por la transmisión de la mentalidad de generación en generación: “en la familia campesina al niño suelen criarlo los abuelos. El padre y la madre, dedicados a las faenas del campo [...] apenas tienen tiempo para ocuparse de él” (Bloch, 2002b, p. 497).

En el caso de Lucien Febvre en sus investigaciones dejó indicios sobre su interés sobre las mentalidades, por ejemplo, en 1938 escribió un texto que se considera uno de los primeros que realiza una historia de las mentalidades: “Psychologie et L’Histoire” incluida en el tomo VIII de la *Encyclopedie française*. Es en este artículo donde desarrolla una revisión de la relación individuo-sociedad, a partir del problema de la aplicación de la psicología a personajes y grupos de otros periodos. Aunque resaltó que, a pesar de interesarse por lo individual, la historia era obra de lo social (citado en Raminelli, 1990, p. 101). El enfoque histórico propuesto por Febvre está influenciado por la psicología, que se refleja en su propuesta de una historia de las afectividades. Él animó a los historiadores a ampliar sus dominios hacia la psicología, pues buscaba captar el “clima moral”, la “atmósfera” de un determinado pasado. Lucien Febvre consideró las mentalidades en la Historia, en su obra sobre el problema de la incredulidad en el siglo XVI, donde mencionó que:

cada época se forja mentalmente su universo. No lo elabora únicamente con todos los materiales de que dispone, con todos los hechos (verdaderos o falsos) que heredó o que ha ido adquiriendo. Lo elabora con sus propias dotes, con su ingenio específico, sus cualidades y sus inclinaciones, con todo lo que la distingue de las épocas anteriores (Febvre, 2012, p. 8).

Su objetivo era reconstruir la mentalidad específica de una época histórica. Febvre desarrolló una noción cercana al concepto de mentalidad, que nombró: utillaje mental. Esta fue una noción que anticipó la propuesta de historia de las mentalidades, que veremos más adelante. Creía indispensable realizar un inventario del universo físico, mental y moral de una época, lo que llamó el material mental: “inventariar en detalles y después recomponer, para la época estudiada, el material mental de que disponen los hombres de esta época: reconstruir el universo, físico, intelectual, moral, en medio del cual se moverán las generaciones que lo precederán” (citado en Raminelli, 1990, p. 109).

La noción de utillaje mental desempeñó una gran influencia entre los historiadores para trabajar temas relacionados con categorías de la percepción, la sensibilidad, el lenguaje. Aunque debemos destacar que esta categoría no fue profundizada por Febvre, por lo tanto, dejó abiertas varias interrogantes y cuestionamientos.

Marc Bloch y Lucien Febvre representan la primera generación de historiadores que inauguró un proyecto historiográfico de influencia mundial. Sin saberlo, en un inicio la revista *Annales d'histoire économique et sociale*, fue la punta de lanza que provocó la ruptura entre una historia tradicional a una más crítica, combativa, creativa y transdisciplinaria; donde lo colectivo, la memoria y lo mental estuvieron presentes. Pero al fallecer estos dos historiadores, el camino abierto fue continuado por otros senderos. La segunda generación de *Annales* siguió siendo punta de lanza en la historiografía occidental, priorizando otras propuestas, en donde los estudios de larga duración planteados por Fernand Braudel marcaron el ritmo. Los estudios sobre lo mental estuvieron en un *impasse*, hasta la década de los años 60 cuando una tercera generación de historiadores, ligada a la revista, dio un giro radical al enfoque historiográfico, proponiendo abiertamente un estudio de la historia de las mentalidades.

Durante la segunda mitad de este siglo aumentó el número de historiadores que vieron en la psicología una disciplina que aportaba las herramientas necesarias para hacer una historia diferente, acorde a los tiempos convulsos y revolucionarios que fueron las décadas de 1960, 1970 y 1980. En

estos años, historiadores cercanos a la Escuela de los Annales propusieron una nueva historia nombrada años más tarde como Historia de las mentalidades, cuyos vínculos con la psicología colectiva son evidentes, pero dicha propuesta es parte de otro recorrido historiográfico que no está contemplado en los objetivos de estas líneas.

EL CONTEXTO

El contexto en el que surge la Historia de las mentalidades está vinculado a un periodo de reflexión y cuestionamientos a nivel mundial, donde los paradigmas y las teorías dominantes hasta entonces fueron debatidos. Durante la segunda mitad del siglo xx el mundo vivió varios procesos que provocaron cambios fundamentales en el desarrollo de la humanidad. En estas décadas, en diversas partes del orbe surgieron movimientos que cuestionaron el poder hegemónico, fuera este de origen económico, político, cultural e incluso científico y religioso. La sociedad occidental “salía del *shock*” de dos guerras mundiales, donde incluso la ciencia y la religión estuvieron al servicio de las ideologías en conflicto. Las políticas económicas de los Estados fueron abandonando su responsabilidad social, al priorizar los intereses de los capitales sobre las necesidades sociales y ambientales. Las grandes potencias siguieron una política de intervencionismo en un mapa dividido en dos grandes bloques, dominados por el capitalismo y el socialismo; de esta forma, la posibilidad de enfrentamientos militares entre ambos bandos fue una de las preocupaciones más constantes.

Varios sectores de la población anhelaban un cambio y buscaron romper con una sociedad dominada por ideas tradicionales y autoritarias. En este contexto, algunos sectores de la sociedad tuvieron un despertar en su participación política, social y cultural destacando aquellos grupos que por siglos habían sido marginados o discriminados. De esta forma, el mundo vio el despertar de movimientos que buscaban conquistar y defender los derechos de jóvenes, mujeres, obreros, campesinos, de las comunidades afroamericanas e indígenas e incluso movimientos a favor de la protección del medio ambiente,

entre otros. En este contexto las Ciencias Sociales y las Humanidades en general reorientaron sus enfoques y problemáticas, que era dominado por una perspectiva cuantitativa, económica y demográfica.

Desde la década de 1960, se dio un nuevo vuelco mundial en la escritura de la Historia. El contexto que propició la aparición de esta tendencia, se relaciona con varios acontecimientos, principalmente con “un desencanto hacia los partidos comunistas organizados burocráticamente, provocado por el reconocimiento de los problemas del comunismo estalinista. La búsqueda de un orden social democrático que respetara la dignidad humana” (Dubé, 1999, p. 26), que permitió la aparición de nuevas iniciativas políticas y culturales (como el feminismo, los movimientos de liberación y ecologistas, entre otros) que influyeron en la escritura de las historias desde el pueblo.

La crisis de la época influyó para que los historiadores llevaran a cabo una reflexión más crítica sobre su labor. Por ello, especialistas como Lawrence Stone señalaron en los albores de la década del 70, el rechazo a la creencia de hacer una explicación científica coherente sobre el pasado, criticando la historia científico-social dominante en esos años, como la marxista. Para este historiador:

había surgido un renovado interés por los aspectos más variados de la existencia humana, acompañados por la convicción de que la cultura de un grupo, e incluso la voluntad de un individuo, son potencialmente agentes causales de cambio tan importantes como las fuerzas impersonales de producción material y crecimiento demográfico (Iggers, 2012, p. 161).

Surgieron a nivel mundial diferentes propuestas para renovar la forma de hacer historia buscando dar nuevas interpretaciones al contexto mundial. Varios autores, obras, países y enfoques empezaron a construir nuevas formas de representar el pasado. Nombres como Eric Hobsbawm, Edward Palmer Thompson, Peter Burke en Inglaterra; Natalie Zemon Davis, Lawrence Stone, Robert Darnton en Estados Unidos; Carlo Ginzburg, Giovanni Levi, Carlo Poni, Edoardo Grendi en Italia; entre otros; llevaron a cabo desde sus espacios académicos investigaciones que hoy son referencia para entender la gestación de una nueva historia.

Mención aparte merece la propuesta hecha desde Francia. Durante estos años, se dio un cambio al interior de la corriente de la Escuela de los Annales. Después del movimiento del mayo francés una nueva generación de historiadores cuestionó la influencia que Fernand Braudel tenía en el proyecto, promoviendo un cambio en la dirección y en el enfoque. Con Braudel al frente de la revista *Annales d'histoire économique et sociale*, los temas vinculados a lo mental fueron marginados, lo que provocó el cuestionamiento de una generación de historiadores que buscaban responder a nuevas problemáticas, como el caso de Robert Mandrou, que a decir del especialista en historiografía Peter Burke: “Braudel favoreció la innovación, mientras Mandrou defendía la herencia de Febvre, aquello que llamaba el estilo originario, en lo que la psicología histórica o la historia de las mentalidades ocupaban un lugar importante” (Burke en González, 2002, p. 146). De esta forma, en 1969 se da un cambio en la dirección de la revista.

En 1972 Jacques Le Goff asume la dirección de la VI Section de l'École Pratique des Hautes Études, que posteriormente cambiaría de nombre por École des Hautes Études en Sciences Sociales, que fue el bastión de esta corriente durante la segunda mitad del siglo xx. Unos años más tarde, estos cambios de dirección se vieron reflejados en una publicación titulada *Hacer la historia* de Pierre Nora y Jacques Le Goff, que orientó el camino hacia una escritura del pasado, que se ocupó de temáticas poco estudiadas hasta entonces. Esta obra colectiva constituyó un balance, no sobre la historia hecha, sino sobre la historia por hacer. Mostró un interés por las mutaciones recientes en la profesión, en su índice destacan los nuevos problemas, enfoques y temas; y la preocupación por hacer una historia de las mentalidades (Morales, 2005). En palabras de Pierre Chaunu esta nueva Historia debería cambiar sustancialmente: “la historia social antes económica y social debe dar el salto histórico al tercer nivel, a saber, lo esencial, lo afectivo, lo mental, lo psíquico colectivo [...] digamos los sistemas de civilización” (Morales, 2005, p. 167). Para Georges Duby el cambio debería ir en el sentido de hacer el “estudio de los sistemas de representación de valores y creencias a partir de las cuales los hombres modelan su comportamiento” (Morales, 2005, p. 168). Varios de los autores que

participaron en este texto estaban vinculados a la revista *Annales d'histoire économique et sociale*, debido a que formaban parte del equipo de redacción, además de que se encontraban organizados en torno a la École des Hautes Études en Sciences Sociales, instituto que fue dirigido por historiadores vinculados a esta corriente. En su tercera generación, este proyecto iniciado por Bloch y Febvre fue continuado con nuevos bríos por una generación de historiadores entre los que destacaban Georges Duby, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie, Philippe Aries, Robert Mandrou, Michelle Vovelle, André Burguière, Jacques Revel, entre otros. Este grupo impulsó un nuevo enfoque que se conoció como Historia de las mentalidades, regresando así a los problemas propuestos por los fundadores de los primeros Annales.

En resumen, esta forma de hacer historia surgida en la segunda mitad del siglo xx renovó la historiografía, debido a la distancia que tomó de la escritura tradicional o positivista, considerada factual, restrictiva en sus fuentes, que pretendía la exactitud y la objetividad, “una Historia en la que faltaba el hombre, o mejor, el palpito del calor humano” (González, 2002, p. 138).

Historia Tradicional características	Nueva Historia características
Objetivo de la Historia es política, nacional e internacional.	Interesada en casi toda actividad humana.
Es una narración de acontecimientos.	Fundamento filosófico: la realidad está social o culturalmente constituida (relativismo cultural).
Tiene un enfoque desde arriba centrado en hechos, grandes hazañas, guerras, personajes, entre otros.	Se dedica al análisis de estructuras.
Se basa en documentos (textos) como fuente primordial.	Interesado en una historia de la cultura popular, desde abajo.
Es objetiva, escribir los hechos tal y como sucedieron.	Interesado en la historia de las mentalidades colectivas.
	Se diversifican las fuentes.
	Los historiadores se orientan a la transdisciplina .

Fuente: Elaboración propia (Burke, 2003, p. 14).

LA DEFINICIÓN

La definición de la Historia de las mentalidades no se reduce a una sola descripción y ha tenido diferentes usos. Podemos delinear una definición siguiendo las problemáticas abordadas, que en general no se habían explorado anteriormente. Fueron objeto de estudio temas como las actitudes frente la muerte, el cuerpo, el pudor, los miedos, mesianismos, creencias y religiosidad popular, entre otros. A grandes rasgos esta tendencia:

privilegió los mecanismos inconscientes, impersonales y automáticos de las prácticas sociales, dejando de lado su parte consciente e intencional. Valorizando los fenómenos colectivos a expensas de los individuos, interesándose más por la psicología colectiva que por las manifestaciones intelectuales, persiguiendo los hábitos mentales, el inconsciente colectivo y las formas de hablar espontaneas (Offenstadt, 2009, p. 57).

La historia de las mentalidades se interesó por las formas de sentir, pensar e imaginar la realidad. Para el historiador Carlos Barros hay cinco componentes básicos para entender las temáticas abordadas por esta corriente: pensamiento racional (pensar), emociones, imaginario, comportamientos e inconsciente (Barros, 1993, p. 98). El estudio de cada uno de estos componentes por separado o en conjunto, son parte de las características de las mentalidades que se reflejó en la metodología, fuentes, herramientas y teorías empleadas. De esta forma la innovación de este enfoque radica en: “recoger una serie de conceptos, técnicas y enseñanzas de la antropología y la psicología, principalmente, y ser capaces de llevar a cabo con todo ello investigaciones empíricas” (Barros, 1993, p. 98).

Un punto a resaltar es la influencia que la psicología ejerció al abordar temáticas relacionadas a lo mental, en particular el empuje de la psicología social, de esta forma:

la historia de las mentalidades deberá desarrollarse ante todo como una suerte de historia psicológica y social, si quiere delimitar su campo de actuación con

pujantes disciplinas vecinas –antropología histórica y nueva historia cultural– y utilizar unas herramientas de trabajo mejor contrastadas (Barros, 1993, p. 106).

Por ello, este enfoque propició el uso de fuentes más diversas que interrogó de forma intensiva. Para Jacques Revel, este punto es fundamental porque influyó en los temas de investigación:

en esta historia todo es fuente, desde los grandes textos clásicos revisitados a los testamentos que nos abren los gestos de la muerte, de las imágenes piadosas al estado civil antiguo que refleja los secretos de las parejas, de los procesos a los manuales de confesión. Todo, asimismo, puede convertirse en objeto: los sentimientos [...], las representaciones, saberes y creencias [...], los sistemas de relaciones y de valores sociales [...], las edades de la vida [...], la articulación de lo biológico sobre lo social (Revel, 2005, p. 475).

Para Carlos Barros la Historia de las mentalidades tiene vínculos con los movimientos sociales, y se debe a que el periodo en que se desarrolló esta corriente coincide con años de cambios sociales y culturales a nivel mundial. En términos estrictos la Historia de las mentalidades en Francia se desarrolló entre los años de 1969 y 1989. El fin de esta corriente está relacionada con uno viraje historiográfico encabezado por una nueva generación dentro de la corriente de Annales que ha sugerido un *tournant critique*, que intenta rescatar nuevamente los temas económico-sociales. Así las mentalidades por lo menos en el título no formaron parte del proyecto principal (Barros, 1993, p. 87). Barros resalta las fechas de desarrollo de esta corriente, porque su inicio coincide, justo después del mayo francés del 68, fecha paradigmática y que a nivel mundial es símbolo de protesta, lucha y de vientos de cambio. Después de este año, la universidad y la academia tuvieron que asumir explicaciones más cercanas a la realidad de la sociedad. Asimismo, el final de esta corriente la marca el año de 1989, que coincide con otro evento histórico, la caída del muro de Berlín, y el fin de los regímenes socialistas. La implicación de este evento mundial fue la innegable hegemonía del proyecto capitalista y liberal a nivel mundial. Por

ello, como bien destaca Carlos Barros, la Historia de las mentalidades es la expresión de una historia con fuertes vínculos con la acción y los movimientos sociales de los años 60 hasta los ochentas:

son fechas clave en las que observamos el sujeto de la historia en acción, son los dos momentos [...] en que podemos afirmar [...] que la historia la hacen los hombres, inclusive que la historia la hacen las masas [...] Al ser la historia de las mentalidades una visión de la historia desde el sujeto, estamos convencidos de que su auge tiene relación directa y/o indirecta [...] con la dimensión subjetiva de los momentos 68 y 89, y muy especialmente con el clima mental e intelectual de los años de reacción inmediatamente posteriores (Barros, 1993, p. 88).

En algunos textos Barros profundizó en esta propuesta, concibiendo una Historia social de las mentalidades: una historia comprometida socialmente, de la conciencia y el cambio social, una historia de los movimientos sociales. Barros vislumbra la posibilidad del estudio de las mentalidades con fuertes vínculos con la Historia social inglesa y los avances teóricos en las diversas Ciencias Sociales:

es posible una historia social de las mentalidades, [...] que sea social, no mímica, que establezca un diálogo directo y audaz con las ciencias sociales en función de las necesidades de la investigación, que no se quede paralizada en la teoría sino que avance principalmente sobre la base de la práctica investigadora. Tal línea de investigación supone un frente pionero [...] porque las mentalidades colectivas aliadas a la historia social, nos conducen a la cuestión de las articulaciones entre la infra y la superestructura, y al papel del hombre social en los acontecimientos, problemas fundamentales de hoy y de siempre de la historia (Barros, 1993, p. 127).

De esta forma, sobre la tradición de los estudios de las estructuras, renace el interés por su relación con el sujeto. Para Barros la relación de las mentalidades con la historia social aportaría tres elementos fundamentales:

- 1) Mayor interés por los cambios, las transformaciones y las crisis sociales, en lugar del interés por las permanencias estructurales.
- 2) Mayor interés por el estudio de problemas cercanos a conflictos, revueltas y revoluciones sociales.
- 3) Interés por el estudio de la dimensión política y el poder de los hechos históricos, “incluso cuando los sujetos no son virtualmente políticos” (Barros, 1993, p. 128).

Aunque esta propuesta ha tenido pocos practicantes, existen historiadores dentro de la corriente de Annales que muestran un posible camino. Por ejemplo, los trabajos de Michel Vovelle en su obra *La mentalidad revolucionaria* o de Maurice Agulhon, en su trabajo *La République au village*.

En nuestro continente, se debe considerar el contexto latinoamericano. El caso de Cuba en 1959 implicó un regreso de las izquierdas y la movilización de los jóvenes en el continente, hecho que se complementó con la aparición de movimientos guerrilleros o “nuevas izquierdas” en Latinoamérica entre 1965 y 1975 Argentina, Uruguay, Chile, Perú, Brasil, Colombia, El Salvador, Nicaragua, Guatemala y México. El contexto de los 60 y 70 en América Latina, vio la aparición de las dictaduras autoritarias y el exilio de hombres y mujeres, que entablarían un diálogo posterior enriqueciendo las miradas críticas y cambiando la forma de ver el pasado y su escritura.

En el caso específico de México, estos años estuvieron marcados por décadas caracterizadas por los excesos de un Estado autoritario, que abusó de la represión, el uso de la fuerza y las ejecuciones para callar las críticas que diferentes sectores de la sociedad le hacían. Como ejemplos, tenemos la matanza de Tlatelolco en 1968, el Jueves de Corpus en 1971 o la guerra sucia implementada por el Estado para desaparecer a los grupos guerrilleros rurales y urbanos que se levantaron como respuesta a la represión vivida en el país.

En la década del 60 inicia un periodo de críticas y movimientos sociales en contra del Estado mexicano, se podría pensar que un enfoque como la Historia de las mentalidades sería idóneo para explicar este contexto. Pero en realidad esta corriente tardó varios años en influir la academia mexicana, para

el especialista en historiografía Carlos Aguirre Rojas, el principal motivo se debe al dominio de una historia positivista en México:

y para medir el todavía muy fuerte arraigo que tiene esta historia positivista en nuestro país, basta mirar el tipo de historia que se produce y se enseña “mayoritariamente” aún en la Licenciatura y el Posgrado de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, un tipo de historia que aún hoy sigue estando cortada con el molde de esa escuela positivista historiográfica (Aguirre, 2003, p. 155).

Existen varios puntos que debemos considerar para entender la importancia y el enfoque de esta corriente en nuestro país, por ejemplo que en México es mínima la presencia de la Historia de las mentalidades, se conoció la corriente de manera tardía, por lo menos hasta el año 2000, además son pocos los trabajos que la siguen o facultades en que sea un referente. El medio académico fue más receptivo a los aportes de los primeros y segundos Annales, que a la propuesta de las mentalidades. Podemos afirmar que en nuestro país llegan de manera más rápida las críticas que los aportes historiográficos más recientes. Por ello, Aguirre Rojas señala enfáticamente que:

en México se sigue enseñando historia positivista, como si toda la historiografía del siglo xx no hubiera existido, ignorando entonces olímpicamente lo mismo a la corriente de los Annales que a la actual microhistoria italiana, al análisis de los sistemas-mundo de Immanuel Wallerstein, igual que a la historiografía socialista británica o a las propuestas de Reinhart Koselleck (2003, p. 155).

De esta forma, podemos afirmar que la historia de las mentalidades por su cercanía con las culturas populares es una propuesta viable, siempre y cuando responda a las inquietudes de los historiadores actuales: “debemos apostar por una historiografía que se vincule estrechamente a los intereses populares, desde el interior de los procesos históricos de la desarticulación del sistema

capitalista de dominación y de construcción de una alternativa humanizadora de la sociedad” (Goicovic, 1998, p. 3). Por ello, para Goicovic se puede hacer un aporte interesante a la historiografía de los movimientos sociales si se consideran los siguientes puntos: “el que se relaciona con la construcción de universos mentales y que a su vez da cuenta de las formas de sociabilidad y de cotidianidad popular, y el que identifica las formas de construcción de movimiento y poder social” (1998, p. 4).

La Historia de las mentalidades representa la posibilidad de abordar nuevas y viejas problemáticas desde un enfoque poco explorado en nuestro país. Sobre todo, posibilita acercarnos a una historia desde abajo, desde lo cotidiano, de los grupos marginados por la historia oficial. Asimismo, permite retomar nociones como memoria colectiva y representaciones sociales, lo que posibilita un dialogo con otras disciplinas, en especial con la psicologías social y colectiva.

LAS MENTALIDADES: UNA EXPRESIÓN DE LARGA DURACIÓN

Se reconoce al historiador francés Fernand Braudel como el acuñador de la noción de la temporalidad de larga duración para el análisis social, allá por el año de 1958. Para él uno de los conceptos claves para entender esta propuesta es la palabra *estructura*, porque a partir de la estructura se entiende la organización, coherencia y relaciones fijas entre realidades y colectivos.

Una estructura significa ensamblaje y una realidad, que si sobrevive un tiempo largo –un siglo o más– se vuelve un elemento estable de una sociedad: llenan la historia, la estorban y por tanto dirigen su discurrir. Braudel identificó estructuras como determinados marcos geográficos, realidades biológicas, límites de la productividad, algunas manifestaciones espirituales o políticas: los escenarios mentales son también cárceles de larga duración (Braudel, 1968). Esta idea es cercana a la propuesta de Carlos Marx, de la existencia de factores inconscientes en el comportamiento humano: los hombres hacen la Historia, sin embargo, ignoran que la hacen. Esa historia inconsciente es un

ejemplo de Larga duración, una historia no de cambios, rupturas o acontecimientos: es más bien, una historia lenta, de movimientos semi-inmóviles, “un tiempo frío” (Vovelle, 1991, p. 263).

Las mentalidades se han definido como un campo privilegiado para los estudios de larga duración, por lo mismo, se resisten al estudio de los cambios instantáneos. En el dominio de la temporalidad de larga duración, existen temas trabajados desde las mentalidades, donde destacan las actitudes, los comportamientos o lo inconsciente: “se ligan a esas evoluciones secretas en duración muy larga, estructuras [...] que no son percibidas por los hombres que las viven” (Vovelle, 1991, p. 274). Por lo anterior, el historiador francés y representante de la Historia de las mentalidades Michel Vovelle, afirmó:

las mentalidades se distinguen de otros registros de la Historia, por lo que Mandrou definió como un tiempo más largo, y a las prisiones de larga duración. En resumen: apuntan a lo que se ha hecho corriente definir como “la fuerza de la inercia de las estructuras mentales”, aunque esta explicación continúe de carácter verbal (Vovelle, 1991, p. 19).

Puede hacerse un trabajo de larga duración a partir del análisis de un acontecimiento o una ruptura, por ejemplo, el mayo francés o el 2 de octubre mexicano. Hay acontecimientos que tienen secuelas largas y fuertes, como la criminalización de la participación política de jóvenes y estudiantes en las marchas contra el gobierno a lo largo del siglo xx.

2. LA PERSPECTIVA DE LA MEMORIA COLECTIVA O RECORDANDO EN COMÚN

En este apartado, se argumenta que la memoria es colectiva, se inscribe en marcos sociales como el tiempo y el espacio, y se comunica mediante el lenguaje y la narración, siendo éstos de creación cultural. De esta forma, se puede alegar que la denominada memoria individual es en sentido estricto, una edificación social, pues es ahí donde se forja. Por donde se le mire, hay afluentes sociales que edifican a la denominada memoria.

SOBRE ESTA VERSIÓN

La noción de memoria colectiva la suscribe Maurice Halbwachs, quien dedicó tres libros al tema, uno en 1925, *Los marcos sociales de la memoria*; otro en 1941, *La topografía legendaria de los evangelios en tierra santa*, y una obra póstuma, 1950, titulada sencillamente *Memoria colectiva*.

En *Los marcos sociales de la memoria*, propone que las experiencias se inscriben en marcos, como el tiempo y el espacio, que después se reconstruyen socialmente para forjar la memoria de grupos y sociedades (Halbwachs, 1925). En el mismo sentido, aducirá argumentos Charles Blondel (1928) –compañero de discusiones de Halbwachs en un coloquio permanente de la ciencia del hombre (Braudel, 1968)–. Años después, Lev Vygotsky (1930) hablará de la memoria mediada por herramientas y signos, y Frederic Bartlett (1932) argumentará sobre la memoria basada en esquemas grupales y culturales. Desde la visión de estos cuatro pensadores, la memoria es menos individual y más grupal, social, colectiva, cultural. En conjunto, en un breve periodo, dieron sustento a lo que podríamos denominar memoria de corte social, por forjarse ésta en las relaciones, en un medioambiente social, por estar mediada por el lenguaje. Halbwachs la formulará así:

puede hablarse de memoria colectiva cuando evocamos un acontecimiento que ocupa un lugar en la vida de nuestro grupo y que hemos traído a la memoria, que lo hacemos presente en el momento en el que lo recordamos desde el punto de vista de ese grupo (1950a, p. 15).

No recordamos solos, sino con ayuda de los recuerdos de los otros, pues los recuerdos propios se edifican sobre la base de los recuerdos de terceros. Ocurre con cierta frecuencia que los recuerdos que uno considera propios en algún momento se han tomado de otros: “nuestros recuerdos se encuentran inscritos en relatos colectivos que, a su vez, son reforzados mediante conmemoraciones y celebraciones públicas de acontecimientos destacados” (Ricoeur, 1999b, p. 17). Según este planteamiento, los recuerdos, por personales que sean, de sucesos de los que hemos sido los únicos testigos,

incluso aquellos de pensamientos y de nociones que muchos otros también poseen, con personas, grupos, lugares, fechas, palabras y formas del lenguaje, también con razonamientos e ideas, se evocan con toda la vida material y moral de las sociedades de las cuales formamos o hemos formado parte (Halbwachs, 1925, pp. 51-52).

En efecto, la memoria se construye sobre la base de relaciones con otras personas, con sitios, fechas y significados que se delinear socialmente. Asimismo, el recuerdo social es una actividad íntimamente marcada por un sentido del pasado, en tanto que es una actividad que caracteriza y da forma a las identidades personales y grupales. En ese sentido, la memoria colectiva o el recuerdo social puede entenderse como la evocación colectiva de un pasado común y la conmemoración de acontecimientos que pueden ser previos a la experiencia de cada uno, de alguna manera se conforman por el modo en que se ordena el mundo de las cosas, también denominados artefactos (Mendoza, 2014). De manera sintética, puede esgrimirse la memoria colectiva como “el proceso social de reconstrucción del pasado vivido y experimentado por un determinado grupo, comunidad o sociedad” (Fernández Christlieb, 1991, p. 98).

La memoria colectiva es producto también de la permanencia de un discurso que abarca a un grupo, a una colectividad e incluso a una sociedad, que implica la experiencia de una generación cuyo recuerdo se conserva en generaciones posteriores; este saber es mantenido por la memoria y se encuentra en el pensamiento social, en los grupos como cultura y, como se sabe, la cultura permanece, es poco volátil. De ahí que la memoria, que se forja en esta cultura, nos imprima la sensación de que las cosas no cambian, que el tiempo se ha detenido, como ocurre en ciertos sitios en los que se experimenta la sensación de que nada acontece, son estos lugares tranquilos, de aparente poca actividad, sitios de largo raigambre. Esa es la dinámica de la memoria, la quietud, mientras que la del olvido es la alta velocidad, la rapidez que con su celeridad imposibilita que algo quede, que nada permanezca: en esa cadencia todo es fugaz.

Para que los acontecimientos que una colectividad o sociedad experimentan se comuniquen, es necesario que primero se contengan, que primero se guarden, que se establezcan en ciertos recipientes para que no se volatilicen. Tales recipientes se denominan marcos sociales.

LOS RECIPIENTES: MARCOS SOCIALES

Cuando evocamos un recuerdo, lo precisamos localizándolo; cuando lo completamos, lo hacemos porque hay otros recuerdos relacionados con éste y con los objetos o con otras personas. Esto es, puntos de referencia en el espacio y el tiempo. Por marcos sociales puede entenderse “un sistema de algún modo estático de fechas y lugares, que nos los representaríamos en su conjunto cada vez que deseáramos localizar o recuperar un hecho” (Halbwachs, 1925, p. 175). Son esos instrumentos de los que hace uso la memoria colectiva para reconstruir una imagen del pasado acorde con los pensamientos de la sociedad. La memoria dispone de marcos fijos en los que se encuentran los recuerdos que, puede argumentarse, lleva siempre consigo; son sistemas lógicos, de sentido, de significado, cronológicos, topográficos, que inscriben el recuerdo en ellos;

es un sistema que posibilita el acceso al pasado significativo y en virtud de estos marcos podemos evocar esos recuerdos, reconocerlos, ubicarlos de modo que nos resulten familiares y accesibles cuando hay que rastrearlos.

A pesar de que se crea que están ausentes los recuerdos, hay manera de llegar a ellos, los marcos lo posibilitan, pues son recursos indefectibles, y si ellos no están, se dificulta o definitivamente no llegamos a la evocación. Cuando un marco se elimina, porque se destruye un sitio o se borra una fecha, se disipa la posibilidad de reconstruir lo que en él se plasmó. Por eso es que se asegura que tanto experiencias pasadas como presentes son comprendidas a través de los cuadros y de las nociones que nos ha provisto la colectividad, de tal suerte que evocamos el recuerdo “sólo para llenar el marco, y prácticamente no tendríamos el recuerdo si no tuviéramos el marco para llenar” (Blondel, 1928, p. 151).

Puede suceder que el marco social y los acontecimientos que en él se inscriben estén hechos de material distinto y sólo tengan relación por el contacto; la otra posibilidad es que entre el marco social y los eventos exista cierta identidad de naturaleza, en el entendido de que los acontecimientos son recuerdos y el marco social también estaría conformado de recuerdos (Halbwachs, 1925). De este planteamiento se desprende que la única diferencia entre unos y otros, es que los marcos son más estables, dependen de nosotros y nos servimos de ellos para reencontrar y reconstruir los recuerdos.

Para ubicar un recuerdo, algún suceso que a un grupo le aconteció, a diferencia de lo ficticio, hace falta situarlo en puntos de referencia, lo cual ofrecen los marcos sociales a la memoria. El espacio y el tiempo permiten contener nuestras percepciones y recuerdos: una memoria que careciera de marcos, carecería de fronteras claras con respecto a la fantasía y, en consecuencia, no podríamos saber si estamos ante un recuerdo o ante algo que imaginamos (Ramos, 1989). Argumento similar sostiene Paul Ricoeur (1999b), al advertir diferencias entre imaginación y memoria, pues mientras la primera se despliega en el terreno de lo irreal y de lo posible; la segunda, en cambio, lo hace sobre la base de lo que aconteció, de lo sucedido. Al final, puede traerse a colación una frase contundente de Halbwachs: “no existe posibilidad de memoria fuera

de los marcos utilizados por los hombres que viven en sociedad para fijar y recuperar sus recuerdos” (1925, p. 107).

Empíricamente, podría pensarse en lo sucedido el 2 de octubre de 1968 en la plaza de Tlatelolco en México: tiempo y espacio ahí confluyen. Una fecha de tragedia, porque ese día se masacró a estudiantes partícipes de una reunión pacífica en el marco del movimiento estudiantil más sonado en la segunda mitad del siglo xx mexicano. Se llevó a cabo dicha masacre en una plaza legendaria, con mucha memoria: Tlatelolco, sitio de largo raigambre y dolor, desde el mundo prehispánico, en el siglo xvi, con la denominada conquista. Al paso de los años, cada 2 de octubre ahí se realiza una concentración y desde ahí parte una marcha: acto de memoria, reiteración del recuerdo. Tlatelolco es un lugar de memoria. Las actividades que se realizan en torno a esa fecha y lugar, en conjunto, constituyen prácticas de memoria.

COMUNICAR: LENGUAJE Y NARRACIÓN

En los marcos, como el tiempo y el espacio, se contiene la memoria, pero una vez que se asienta en ellos, para conservarla hay que comunicar las experiencias que en ella se contienen y que son relevantes para la vida de una colectividad. Para que exista continuidad entre pasado y presente, es decir entre experiencias pretéritas y actuales, debe actuar la memoria y para que ello suceda debe comunicarse.

La contención y la comunicación se efectúan, primordialmente, mediante lenguaje. Ese sistema de signos que delinea la realidad, que da forma y sentido a las experiencias humanas, que vehicula los significados compartidos de una sociedad: en buena medida en el lenguaje están inscritas las experiencias de una colectividad. De hecho, las propias palabras tienen su memoria y es a lo que se le llama etimología.

Para Vygotsky (1930) esta relación del lenguaje y los recuerdos cobra la denominación de memoria verbal, mediada por los signos, signos estables, sólidos, que permiten que en ellos se depositen los eventos que se convertirán

en recuerdos: “el lenguaje representa uno de los poderes conservadores más firmes de la cultura. Sin este conservatismo no llegaría a cumplir su misión principal, la comunicación” (Cassirer, 1944, p. 330). Ciertamente, porque símbolos y formas lingüísticas deben poseer estabilidad y persistencia para resistir la influencia devastadora del tiempo. Incuestionablemente, la forma de hablar y la utilización de ciertas palabras y de otras no, de ciertos discursos en detrimento de otros es posible en un marco, en una cultura que nos antecede, que nos dota de significados para ser usados en ciertas situaciones y no en otras, en ese sentido, las propias palabras y la forma de hablar ayudan a edificar la realidad y la memoria.

¿Cómo conectamos los distintos acontecimientos que se muestran como dispersos en el tiempo y en el espacio y les atribuimos significados? Depende en buena medida de nuestro uso del lenguaje y ese lenguaje, también en buena medida, nos antecede: “lo que yo he experimentado, acerca de lo que he sido consciente, etcétera, en diversos momentos de mi vida, puede recibir una forma, términos semióticos, palabras, previamente ‘verbalizadas’ por otros” (Shotter, 1996, p. 219).

Cuando el significado de una acción, de un recuerdo, de una palabra se está construyendo éste se encuentra en el uso en que el hablante se encuentra inscrito; es decir, en medio de las reglas y convenciones de un grupo social, en un contexto práctico de su utilización. Bartlett (1932, p. 295), había indicado que las palabras son sociales y constituyen la forma más directa de comunicar significados, más aún, una imagen, para ser comunicada, se expresa mediante las palabras. De una manera más fuerte y enérgica Blondel (1928, p. 126) lo ostenta así: “[cuando se percibe un objeto] se nombra, y el nombre que evoca reacciona sobre la percepción que tenemos de él atrayéndolo a ese mundo de relaciones lógicas que es precisamente el mundo de las palabras”. Por eso puede señalarse que no es posible narrar experiencias pasadas sin asumir una perspectiva, pues el lenguaje que usamos favorece estas perspectivas particulares: “el mundo no presenta ‘eventos’ por codificar en el lenguaje. Antes bien, en el proceso de hablar y en el de escribir, las experiencias se transforman, filtradas mediante el lenguaje, en eventos verbalizados” (Bruner, 2002, p. 106).

Magistralmente, lo enuncia Blondel: “primero viene la palabra, luego la idea, después, algunas veces, la cosa. Ésta no sería para nosotros lo que es, sin la idea que tenemos de ella, ni la idea sin la palabra” (1928, p. 104). De ahí que Jean Baudrillard alegue que las palabras “se convierten en contrabandistas de ideas” (2000, p. 9). Porque justamente eso es lo que hace el lenguaje: comunicar y trasladar ideas y cultura en su expresión. De manera más contundente, Umberto Eco afirmará que el lenguaje no sólo designa estados del mundo, sino que “transmite un contenido cultural” (2000, p. 102).

Efectivamente, es mediante el lenguaje que edificamos la realidad, porque los conceptos e ideas mediante los cuales nos acercamos a ella no existen independientes de las palabras con las cuales las reconocemos; más aún, hablar bien, disponer de un lenguaje vasto, “encontrar la expresión adecuada para cada idea o emoción que se quiere comunicar, significa estar mejor preparado para pensar, enseñar, aprender, dialogar, y, también, para fantasear, soñar, sentir y emocionarse [y recordar]” (Vargas Llosa, 1990, p. 436). Razón por la cual los construccionistas sociales señalan que el lenguaje tiene como función la edificación de numerosos mundos humanos. Cosa que sabían los cabalistas: las palabras crean mundos o al menos los modifica; similar cuestión argüían las hechiceras medievalistas: la combinación exacta de determinadas palabras posibilitaba la transformación del entorno (Cohen, 2003).

Quien fuera alumno de Halbwachs, Jorge Semprún (1995), sobreviviente de un campo de exterminio nazi, da cuenta de cómo el lenguaje mantiene y comunica la memoria: para él, como otros que vivieron en campos de exterminio, dos palabras *krematorium* y *Ausmachen*; los remitirían igualmente a la realidad de los campos. Exiliado en un país con lengua distinta –de España emigró a Francia–, dice a propósito sobre su lengua materna y los recuerdos, al compararlos con las canciones infantiles para recordarlos:

siempre me era necesario repetir, aunque fuese en voz baja, las cifras en español para poder recordarlas, para memorizarlas. Números de calles o de teléfonos, fechas de citas o de cumpleaños: tenía que repetírmelas en español para grabármelas en la memoria (Semprún, 2001, p. 120).

En todo esto, se pone de manifiesto que: “gracias al lenguaje, las memorias individuales se superponen con la memoria colectiva” (Ricoeur, 1999a, p. 27). Quizá por eso Pierre Janet ha indicado que la memoria es conducta de relato. Por su parte, Roger Schank dirá que hablar es recordar. Como puede advertirse en todas estas líneas, se sustenta la fórmula que sostiene que la memoria es social, porque para construirla se tiene que recurrir al lenguaje, además: “el significado colectivo condiciona la percepción personal de la palabra y la dirige” (Grijelmo, 2000, p. 12).

Ciertamente, el relato, la narrativa, es una cuestión central en el intercambio entre la gente. Paul Ricoeur argumenta que tiempo y narración tienen un punto de confluencia y correlación: “el tiempo se hace tiempo humano en la medida en que se articula en un modo narrativo, y la narración alcanza su plena significación cuando se convierte en una condición de la existencia temporal” (1985, p. 113). En la narrativa existe el poder de la dimensión temporal que va configurando las experiencias en, por caso, un antes y un después, dado que la temporalidad es la forma del sentido y de alguna manera conforma el carácter psicológico de lo vivenciado; por eso encontramos entre el tiempo y la subjetividad una relación mucho más íntima, esto es, entre el tiempo y la gente. Narrar es relatar, contar, referir lo sucedido (Gómez de Silva, 1985), en donde ese algo debe tener algún sentido, cierto significado para quien narra y para quien escucha o lee. Narración remite, etimológicamente, a saber, de un modo, a hacer que lo desconocido o distante se vuelva cercano o familiar. Los relatos son un entramado sobre las situaciones humanas y sus interacciones, presupuestos sobre si los protagonistas se entienden entre sí, preconcepciones sobre criterios normativos. Este tipo de consideraciones permite comprender lo que alguien dijo o lo que quería decir, acordar lo que va constituir la realidad (Bruner, 1997; 2002).

En la vida cotidiana la gente no se enfrenta al mundo acontecimiento por acontecimiento, como tampoco se lee palabra por palabra o frase por frase. Tanto acontecimientos como frases se enmarcan en algo más amplio, en estructuras mayores, esquemas, planes, marcos de la memoria. Desde esta perspectiva, tales estructuras mayores proporcionan un contexto interpretativo

para los componentes que abarcan. De ahí que Bruner indique que sólo se pueden “comprender los principios que rigen la interpretación y elaboración de los significados, en la medida en que seamos capaces de especificar la estructura y coherencia de los contextos más amplios en que se crean y transmiten significados específicos” (1990, p. 73). La narrativa posibilita ese proceder: “la experiencia pasada, como la presente, se comprende a través de los cuadros y de las nociones que nos ha provisto la colectividad” (Blondel, 1928, p. 148).

Existen acuerdos narrativos que modelan las experiencias, para que se indique cómo hay que vivenciarlas y darle un sentido al mundo, estas formas de discurso son un modo de organizar también la experiencia pasada. En esta forma organizativa se encuentran, entre otras cuestiones, una composición hermenéutica: los sucesos que acontecieron tienen más de una interpretación, porque múltiples son las memorias, tantas como grupos hayan significado un evento. No hay versión verdadera, pues sus significados y lo que representan para diversos grupos son múltiples, de tal suerte que “el objetivo del análisis hermenéutico es aportar una explicación convincente y no contradictoria de lo que significa un relato, una lectura que se atenga a los detalles particulares que la constituyen” (Bruner, 1997, p. 156). Se encuentra, por otra parte, la negociabilidad inherente: las narraciones y argumentos se acompañan de credibilidad pues se aceptan, de entrada, ciertos elementos de los relatos, el resto puede estar sujeto a negociación, pero se escuchan las partes y no se requiere de litigaciones, ni mediaciones. En ese sentido, tal capacidad para considerar diversas construcciones narrativas quizá sea la que posibilite esa flexibilidad que se requiere para dar coherencia a la vida cultural. Se encuentra, asimismo, la extensibilidad de memoria de la narración.

La realidad de una persona, un grupo o una colectividad no se restringe a un evento, pues hay diversos sucesos que devienen hilo de continuidad tratando de darle coherencia al pasado, convirtiéndose en una memoria. Por eso podemos movernos hacia atrás o hacia adelante en el tiempo, para lo cual existen situaciones o acontecimientos claves, puntos de inflexión, puntos de apoyo, como suelen ser los marcos o las formas narrativas.

Las narraciones sobre acontecimientos significativos del pasado, si quieren ser buenas o atractivas en ciertas ocasiones recurren a lo incierto, lo ambiguo, las múltiples interpretaciones, las lecturas alternativas; no obstante han de considerar algunas cuestiones:

- Resulta más fácil identificarse con ellas si nos sientan bien y por ello las aceptamos, en cambio, si nos incomodan las podemos rechazar. Una memoria es experiencia viva, ha dicho el escritor Eduardo Galeano, de ahí que una buena narración, como las que él realiza, consista en “hacerlo de tal manera que el lector sienta que lo ocurrido vuelve a ocurrir cuando el autor lo cuenta” (1986, p. xix), lo cual, en verdad logra en su trilogía *Memoria de fuego*.
- Una memoria es la memoria de alguien, de un grupo por ejemplo, y tienen una voz narrativa, por ello se narra mediante una serie de premisas grupales o personales que carecen del carácter de muerte súbita, cuyas exposiciones se muestran como objetivas y en las que lo expresado se refleja como es: cuando queremos llevar una narración de un acontecimiento al dominio de los significados negociados, solemos decir que ha sido un buen cuento o una buena historia, en consecuencia, las historias “son instrumentos especialmente indicados para la negociación social. Y su *status*, aún cuando se consideren historias ‘veraces’, permanece siempre en un terreno a medio camino entre lo real y lo imaginario”, no son Historia propiamente (Bruner, 1990, p. 65).

MEMORIA COLECTIVA Y MEMORIA INDIVIDUAL

En Halbwachs podemos encontrar que la idea de una memoria individual separada de la colectiva es una abstracción vacía de contenido, ya que se dedica a argumentar la parte social que existe en la denominada memoria personal, como contenido, proceso y producto. Para Ricoeur (1999b) la memoria colectiva y la memoria individual se constituyen mutuamente. Elie Wiesel intenta

conciliar: “el hombre se define por su memoria individual, la que está ligada a la memoria colectiva” (1999, p. 12). Hervieu-Léger señala que la memoria colectiva “funciona como una instancia de regulación de la memoria individual” (citado en Candau, 1998, p. 43). Bartlett desde una lógica psicosocial asevera que “la forma del recuerdo individual puede verse fuertemente influida por tendencias sociales persistentes” (1932, p. 336). Pero Halbwachs (1925; 1950a), nuestro teórico de la memoria colectiva, será más contundente: la memoria colectiva traza a la memoria individual. Para que un grupo recuerde no es suficiente con que cada uno de sus integrantes, por separado, mantenga en su cabeza o mente representaciones del pasado del grupo, pues ocurre que sus integrantes de más edad, como sucede en algunas culturas, comunican y transmiten a las generaciones más jóvenes tales versiones de los acontecimientos vividos y narrados. De esta forma, hay algunos elementos que se aluden como memoria y que se encuentran en el terreno de la comunicación, donde el lenguaje, sea oral, escrito, pictográfico, entre otros, que es social, juega un papel relevante.

A pesar de que se asuma que son los individuos quienes recuerdan, son los grupos los que acuerdan y fijan lo que es memorable; son los grupos los que construyen los recuerdos y dictan cómo serán recordados los acontecimientos, por ello recuerdan cantidad de sucesos que no han experimentado de manera directa, pues si tenemos acceso a eventos que se han presentado en el pasado, en buena medida se debe a las categorías que la cultura, en la que las personas se encuentran inmersas, ha creado, mediante lenguaje y narraciones diversas. Así, por ilustrar, diversos grupos de jóvenes en la actualidad conmemoran lo ocurrido el 2 de octubre de 1968, año en el aún que no habían nacido. Por eso es que Halbwachs argumenta que, aunque los hechos que se recordaran pudieran ser estrictamente personales, los cuadros sociales que los posibilitan nos los proporciona en todo momento la sociedad. De esta forma, la denominada memoria individual no es más que “una parte y un aspecto de la memoria de grupo” (1925, p. 196). Semprún (1995, p. 136), al narrar los sucesos del campo de concentración de Buchenwald, se propone a él mismo como “una parcela de la memoria colectiva de nuestra muerte”. Eso puede

decirse de los aniversarios personales: el cumpleaños, fecha recordatoria del nacimiento individual, es una conmemoración que la colectividad señala que debe realizarse. De tal suerte que cuando Umberto Eco (1998) expresa que él recuerda lo que le resulta significativo, y deja evaporarse lo que no le parece digno de atención, lo que se encuentra en el fondo de este señalamiento es que lo digno de atención es aquello que resulta de interés para la colectividad en la que se encuentra inmerso. Es la colectividad la que le otorga la importancia, le atribuye uno y otro significado del cual nos alimentamos. Por eso es que puede esgrimirse que nuestra vida se encuentra incesantemente mezclada con la vida de nuestro grupo, porque, en efecto, fechar un recuerdo, por muy personal que parezca, es necesario inscribirlo en un marco social, el cual es suministrado por el grupo o la sociedad en que vivimos. Ahora bien, cabe señalar que no todos los eventos o acontecimientos a una colectividad le resultan significativos, lo cual en parte se debe a que no todas las culturas conmemoran los mismos eventos, ni las mismas fechas, ni los mismos sitios.

Resulta que si nos alejamos de nuestro grupo el recuerdo se obstaculiza: “para que nuestra memoria se ayude de la de otros no es suficiente que éstos nos proporcionen sus testimonios: hace falta que no hayan cesado de relacionarse con sus recuerdos” y que haya contacto (Halbwachs, 1950a, p. 12). En esta lógica, ocurre que los recuerdos se localizan de una manera más fácil cuando se permanece en el colectivo y, al contrario, cuando uno se aleja del mismo se dificulta dicho acceso. Formamos parte de un grupo y nos identificamos con él e incluso llegamos a confundir nuestro pasado con el del grupo, de modo que la memoria individual no sólo se apoya en la del grupo, más bien es ahí donde se constituye: “los recuerdos son evocados desde fuera, y los grupos de los que formo parte me ofrecen en cada momento los medios de reconstruirlos, siempre y cuando me acerque a ellos” (Halbwachs, 1925, p. ix). De esa manera, existe una memoria colectiva y en la medida que el pensamiento individual se inscriba en los marcos sociales y participe de esa memoria común, es que recordará. De ahí que cuando una persona indica que recuerda eventos que otros no reconocen como tales, la sensación es de duda sobre eso que se supone está en la memoria personal.

La memoria colectiva es el ambiente del cual la denominada memoria personal “extrae su continuidad y su consistencia, el terreno estable sobre el cual los recuerdos propiamente dichos deben apoyarse para retomar fuerza y vida” (Blondel, 1928, p. 144). Ciertamente, para recordar hay que partir de nociones y conocimientos de hechos comunes de los grupos a los cuales pertenecemos o hemos pertenecido, encontrando, de esta manera, lo que hemos sido o vivenciado, mediado por nociones colectivas. Por eso puede verse a los grupos que se reúnen año con año, narrar las mismas experiencias, las mismas anécdotas, los mismos vaivenes, con ligeras modificaciones y reinterpretaciones, y continuar así por largo tiempo reuniéndose y reconstruyendo su pasado.

Los denominados recuerdos personales asisten al lugar social de lo común, de la cultura, pues para reconocer un evento del pasado hay que hacerlo inteligible, para que se pueda reconocer, recordar, para ser comunicado, leído, escrito, divulgado y, por tanto, interpretado; hay que recurrir o deben suponerse una serie de significados compartidos. Como se ha advertido, no hay significados individuales, sino colectivos, negociados, construidos socialmente. Por eso puede alegarse que “lo que se recoge en las memorias individuales son episodios sociales que se desarrollan en escenarios también sociales y que poseen un carácter comunicativo en que la presencia (real o virtual) de otras personas es lo que la caracteriza” (Vázquez, 2001, pp. 79-80).

Ramón Ramos (1989) sintetiza la idea de la memoria colectiva como un afluente de la memoria individual de la siguiente manera: el objeto del recuerdo es social, porque se presenta sobre algo que ocurrió, a quienes lo experimentaron; la individualidad se sume en lo colectivo, sea amigos, familia, clase o gente allegada, por ello no hay recuerdo estrictamente personal. Además, el cómo recordamos, es social: cómo se fija la experiencia y cómo es reconstruida en forma de recuerdo. Asimismo, la experiencia se convierte en objeto de experiencia y se fija lingüísticamente, es decir, se usa lenguaje para narrar lo ocurrido. La vivencia de un ser no se experimenta aisladamente, ni práctica, ni comunicativamente, sino que se comparte el mundo con otros: hay participación de los demás.

En el caso de la memoria colectiva, los distintos grupos en el transcurso del tiempo van creando un pasado significativo, siempre abierto a reelaboraciones hechas desde el presente. No siempre se recuerda lo mismo ni de la misma manera: hay una constante reconstrucción. En consecuencia, las memorias individuales son parte de las colectivas, son memorias de memorias relacionadas comunicativamente. La memoria colectiva, como acto de reiteración, se pone de manifiesto mediante prácticas sociales diversas.

PRÁCTICAS SOCIALES

Entre el pasado y el presente no hay una continuidad natural, dicha continuidad se establece por acto de la memoria: la memoria es un puente entre el pretérito y el presente. De distintas formas eso se realiza, por ejemplo y como ya vimos mediante el lenguaje y la comunicación. Otra de las formas que la memoria tiene para mantenerse en continuidad es mediante las prácticas sociales, esas formas reiteradas de conmemoración que actualiza la parte significativa del pasado, que si bien no se generan en el seno del grupo presente, pues vienen de un tiempo anterior, sí es ahí donde se actualizan, reivindicando sucesos del pasado mediante la significación de fechas, rituales, conmemoraciones, discursos, realizando diversas manifestaciones y marchas, erigiendo placas y visitando lugares que han sido importantes y se han ganado un sitio dentro de la colectividad; la forma en que se lleva a cabo también es colectiva.

Las prácticas sociales de conmemoración aluden a eventos colectivos como los ritos, ceremonias y festividades que corresponden a una cierta tradición. Lo que se conmemora y lo que se recuerda a través de ellas “no es el hecho de que ya no existe más, sino el hecho de que alguna vez existió” (Ricoeur, 1999, p. 28), que formó parte importante de la existencia de los antepasados y que ahora se extiende hasta el momento presente, para que los nuevos integrantes de una sociedad se identifiquen, se apropien de algo que los precedió y lo restauren aunque sea a su manera, empleando elementos novedosos, toda vez que aquello que perdura no es el fiel reflejo, sino el significado del pasado

(Mead, 1929). En rigor, lo que se conserva es una sociedad y cada vez que se recuerda se traen nuevamente esas cosas que otros han edificado, que han concebido y ahora se lucha porque ocurra lo mismo, en el presente y en un futuro (Zarauz, 2000). En todo ello no hay sino un reconstruir de viejos usos para darles un nuevo rumbo, una reinterpretación renovada, una lectura que alude tanto al pasado como a las condiciones que se viven en el presente.

Son, justamente, las prácticas las que nos unen con el pasado y con los antepasados, manteniendo vínculos con generaciones que ya no están, pero cuyo significado permanece (Ricoeur, 1999b; Radley, 1990). En este ejercicio de comunión se apuesta a un proyecto de continuidad, a que lo hecho por otros no desaparezca junto con ellos, porque se trata de que lo importante no pase desapercibido, no se diluya, que los que no saben se enteren de lo acontecido: la tradición va en este sentido, pues su encomienda es la transmisión de la memoria, que se realiza, por ejemplo, con el propio andar cotidiano representado por los lugares y los días comunes, y se concreta con eventos que se presentan con cierta periodicidad y que en ocasiones anuncian el principio de un ciclo, el fin de una temporada, el reforzamiento de un festejo o actividad, el surgimiento o desaparición de algo o el suceso significativo que no se desea olvidar. Las más de las veces, estas conmemoraciones no se encuentran en el discurso ni en la crónica oficial, porque la memoria es así, múltiple, diversa y en no muy pocos casos, es disidente. De ahí que se contraponga con cierto tipo de historia, como la oficial.

Podemos encontrar distintos tipos de conmemoraciones, aquellas que tienen un marco social afianzando, las que no tienen fecha fija, las que reivindican un pasado, aunque no se remiten a un origen, las que aluden a un ámbito local y las de alcance más de orden nacional, aquellas que reivindican un acto, aquellas que resienten un lugar. Todas ellas pueden, en todo caso, agruparse en ciertas categorías:

- *Familiares* que celebran lazos de parentesco, muestra de ellas pueden serlo el Día de la madre, del padre, del niño; otras prácticas, no obstante, festejan el momento fundacional de una sociedad, ese primer momento donde un colectivo nace, como el aniversario de bodas.

- Las de carácter *laboral* relacionadas con actividades de alguna profesión u oficio que identifica a un grupo y merecen ser recordadas un día al año; puede hablarse del Día del maestro o de la secretaria, o el Día del albañil de arraigo popular. El Día del trabajo bien podría enmarcar estas fechas, celebración por lo demás muy simbólica de la lucha obrera, aunque en muchos casos ya institucionalizada.
- Las de orden *cívico* que rememoran ciertas batallas, héroes o hazañas que una sociedad reivindica para su cohesión, que tienen un arraigo entre la gente común y corriente, porque “la historia (más que los hechos históricos) puede convertirse en un objeto de co-rememoración y discusión de sentido común” (Billig, 1990, p. 90); ciertamente, “en los grandes acontecimientos, la temporalidad se comprime: pasado y presente elaboran el libreto para la rememoración futura”, por ello es que se intenta impregnar de un matiz particular al evento que a la postre identificará a la sociedad (Jelin, 2002, p. 245). Puede pensarse, en términos culturales, el 12 de octubre Día de la raza.
- Las *religiosas* que por diversas vías rinden culto y tienen un raigambre profundo en la sociedad mexicana, algunas de anclaje en el mundo prehispánico y otras del sincretismo con el mundo cristiano: puede pensarse en el Día de muertos en el primer caso y en la veneración a la Virgen de Guadalupe, en el segundo.
- Finalmente, se encuentran las *reivindicativas*, al respecto puede argumentarse que las anteriores también lo son. No obstante, estas últimas se distinguen por el intento de reivindicar eso que la mayoría no hace, es decir, todavía intentan transmitirle a la sociedad una memoria que le compete y que se ha intentado omitir o silenciar, y en ese intento podemos encontrar las manifestaciones como la del 10 de junio, la del orgullo lésbico-gay, la del 8 de marzo o la del 2 de octubre. Se trata de prácticas no dominantes ni institucionalizadas, toda vez que sin importar qué tan numerosos son los grupos que las conmemora, son propias de grupos que no gozan de un buen reconocimiento, ni detentan alguna especie de poder con respecto a las instituciones. Son fechas no oficiales, porque

justamente encuentran su razón de ser en la denuncia o en la protesta. El 2 de octubre no es el día oficial de los movimientos estudiantiles, pero es la fecha en que salen a marchar los estudiantes de antaño y los de ahora en protesta por la masacre de Tlatelolco en 1968.

En todo este devenir, el pasado se instala en el presente, se edifican puentes que otorgan sentido a lo sucedido tiempo atrás, se crea una lógica de sentido sobre dichos sucesos, se proponen formas alternativas a las visiones dominantes como el Día de la independencia, por ejemplo. Se exige, mediante estas prácticas, un lugar en la memoria de la sociedad para tener continuidad entre lo acontecido y lo que sucederá (Díaz y Albarrán, 2004). En estas prácticas, la gente puede reconocerse: lo que se conmemora resulta familiar, las personas pueden identificarse y reflejarse, encontrar un origen y a la vez un rumbo. Lo cierto es que en todas existe un marco social de la memoria: el tiempo. El hecho de celebrarlas ciertos días les provee de la suficiente estabilidad para facilitar su recuerdo. Por otro lado, si además se acude siempre al mismo espacio, la conmemoración adquirirá mayor firmeza, toda vez que tiempo y espacio son elementos insoslayables en el proceso de recordar, son, como ya se ha visto, sus marcos sociales.

LA MEMORIA COLECTIVA COMO PENSAMIENTO DE MEDIANA DURACIÓN

Maurice Halbwachs (1950a) al plantear la colectividad en la memoria, habla de un medioambiente, una atmósfera, corrientes de opinión, pensamientos duraderos. Los grupos y colectividades requieren cierto pasado para asegurarse que es la misma, para a partir de ahí delinear el futuro, lo que sigue. En ese sentido, los proyectos se hacen de memoria. Baste recordar que el puente entre pasado y futuro no es el presente, es la memoria, por eso puede aseverarse que la memoria “busca las constancias, porque está interesada en mostrar que las cosas no han cambiado a pesar de los sucesos, porque los

grupos con memoria quieren saber que siguen siendo los mismos” (Fernández Christlieb, 1994, p. 101). Por eso en los recuerdos sociales las similitudes se encuentran en un primer plano.

En la memoria colectiva hay tradiciones, normas, comunidades, prácticas sociales, elementos en los cuales no se nota su transformación: esa sensación de que nada cambia, como los objetos con que estamos en contacto todos los días, que se modifican poco “y nos ofrecen una imagen de permanencia y de estabilidad. Son como una sociedad silenciosa e inmóvil [...] que nos da una sensación de quietud” (Halbwachs, 1950a, p. 102). Algo semejante ocurre con los marcos sociales, pues se está enunciando un pensamiento lento, ese que se requiere en un mundo acelerado, líquido, fugaz, para que los sucesos, acontecimientos y significados se mantengan. Baste recordar que un marco social es lo estable en medio de la vorágine de lo inestable. Los marcos sociales son esas tendencias, significados y elementos que vienen de un amplio pasado. En ese pensamiento lento, en esos marcos sociales, lo que se tiene es un pensamiento de mediana duración.

COMENTARIO

A pesar de que el siglo xx enalteció al individuo y sus facultades mentales, diversos autores argumentaron sobre lo colectivo y social de la memoria. La gente dice que “los lugares traen recuerdos” y está en lo cierto, por eso cuando revisitan un sitio en el que antes estuvieron y vivenciaron algún evento significativo, trágico o grato, el recuerdo literalmente las asalta. Las personas que se detienen a mirar recurrentemente álbumes fotográficos y a revisar cuadernos de la primaria, están entrando en el ejercicio de la memoria colectiva, que se edifica social y compartidamente, pues son los grupos y la sociedad quienes delinean qué vale la pena recordar, qué hay que mantener y qué hay que comunicar. Para la izquierda, por ilustrar, el 2 de octubre es una fecha significativa, para la derecha no. Por eso diversos grupos año con año se convocan para recordar esa fecha, porque la memoria, como ya se señaló, es un acto de reiteración.

La etimología de recordar es pensar de nuevo, volver a sentir (Gómez de Silva, 1985), cuestión que se ratifica en la vida cotidiana, cuando se expresa que “recordar es volver a vivir”, y de esta forma la gente extiende su existencia. Es como si se viajara al pasado. El puente del pasado con el presente es posible mediante la memoria. Cuando ese puente no se edifica, caemos en el olvido.

3. LA APROXIMACIÓN DE LAS REPRESENTACIONES SOCIALES O PENSANDO JUNTOS

Se pueden recordar acontecimientos pasados, pero también éstos pueden ser representados, esto es, elaborados en el presente desde la óptica de un grupo. Es decir, ciertos sucesos pueden entrar en el pensamiento social actual como algo que se encuentra en el ambiente y delinea cierta forma de actuar: pueden ser sucesos que provienen de ciertas memorias, de ciertas mentalidades, y que los representa un grupo de personas, como algo no vivido ni experimentado, pero sí heredado. De igual forma, pueden ser sucesos que se van configurando en el presente y que los grupos viven y experimentan su conformación, porque son sucesos, fenómenos o procesos relativamente nuevos. En esa tesis, no se piensan como recuerdo, sino como algo que se encuentra entre las personas, que se va conociendo, procesando y armando una imagen al respecto. De eso aproximadamente tratan las representaciones sociales.

DE DÓNDE PROVIENEN

Hay al menos dos vertientes de donde, se conjetura, proviene la idea de representaciones sociales. Una es la *volkerpsychologie* o psicología de los pueblos, de Wilhelm Wundt, cuyo programa de trabajo habla de producciones colectivas, tales como el lenguaje, que eran producciones no individuales sino de orden cultural, grupal, comunal (Wundt, 1912, p. 4). Quien reivindica este panorama como sustento de las representaciones es Robert Farr (2003), para quien la agenda de Wundt contemplaba dichas producciones con otro nombre, pero ahí estaban planteadas. La otra vertiente es la de las representaciones colectivas de Emile Durkheim, esos pensamientos colectivos de una sociedad que parecen inamovibles, que tienen cierto endurecimiento y se modifican poco al paso del tiempo, como la religión o los mitos: su permanencia es de

larga duración y parecen no cambiar de un siglo a otro; más estáticas que dinámicas, serían. De las representaciones colectivas se señala que “se imponen a las personas con una fuerza verdaderamente constrictiva, ya que parecen poseer, ante sus ojos, la misma objetividad que las cosas naturales” (Ibañez, 1994, p. 169). Diversos autores señalan esta vertiente, algo relegada y olvidada, como el punto de partida y discusión de las representaciones sociales (Romero, 2004).

QUÉ SON

Las representaciones sociales son una teoría conocida en el ámbito de las ciencias sociales desarrollada desde el marco de la psicología social en los años 60 del siglo xx. El artífice de esta propuesta fue Serge Moscovici quien, al retomar parte del programa de Wilhelm Wundt, sobre las producciones mentales colectivas, y en interlocución con las representaciones colectivas de Emile Durkheim, desarrolló dicha noción, intentando, al mismo tiempo, alejarse de las versiones individualistas que permeaban en el campo de la psicología en ese entonces.

Para Moscovici (1961) las representaciones sociales son esas teorías y conocimientos que se van forjando mediante las creencias de sentido común, los razonamientos cotidianos en torno a los fenómenos de la sociedad, que derivan en explicaciones que sirven para orientar la acción de los individuos, los grupos y las comunidades. Otra de las autoras clave de esta propuesta, Denise Jodelet, las define como:

imágenes que condensan un conjunto de significados; sistemas de referencia que nos permiten interpretar lo que nos sucede, e incluso, dar un sentido a lo inesperado; categorías que sirven para clasificar las circunstancias, los fenómenos y a los individuos con quienes tenemos algo que ver; teorías que permiten establecer hechos sobre ellos (1984, p. 472).

Se sitúan entre lo psicológico y lo social, las representaciones, son un tipo de conocimiento “espontáneo”, “ingenuo”, que también se denomina sentido común o pensamiento natural. Por oposición al denominado pensamiento científico, se edifica sobre la base de las experiencias, información, conocimiento y modos de pensar que se transmiten a través de las conversaciones y la comunicación; teniendo como base la tradición: es un conocimiento socialmente elaborado y compartido.

Las representaciones sociales son una forma de conocimiento (Moscovici, 1988), constituyen una característica de nuestras sociedades modernas, en tanto que se elaboran en un momento preciso de su historia, son irreductibles a otras formas de saber. Son productos socioculturales, estructuras significantes que emanan de la sociedad y que nos conforman sobre ésta, por lo tanto, tienen un contenido particular, y son de naturaleza simbólica (Ibáñez, 1994, p. 174). Tienen características específicas, en tanto contenido y operaciones mentales, manifestándose de diversas maneras, como las imágenes que dan cuenta de ciertos significados, sistemas de referencia que nos permiten orientarnos en el mundo y dar sentido a lo nuevo, permitiendo, asimismo, clasificar a las personas, acontecimientos y fenómenos. De alguna manera, son teorías cotidianas que permiten explicar lo que ocurre todos los días, para tener una mayor comprensión y manejo del entorno (Jodelet, 1984).

Las representaciones comparten elementos con la ideología, las opiniones las actitudes y las cogniciones. La ideología, no obstante, corresponde a un sistema de creencias con lógicas de imposición por parte de ciertos grupos de poder; por su parte, las actitudes y cogniciones corresponden más a una lógica individualista. En cambio, las representaciones sociales son “extendidas”, pertenecen a grupos y comunidades que comparten una visión del mundo, es decir, una representación común de un objeto socialmente significativo.

Al surgir, el objetivo de la teoría de las representaciones era mostrar cómo una nueva teoría científica o política es difundida en una cultura determinada, cómo es transformada durante este proceso y cómo cambia a su vez la visión que la gente tiene de sí misma y del mundo en el que vive. El caso que Moscovici (1961) abordó fue el del psicoanálisis, cómo se introdujo en el medio

francés y cómo se lo representó la población: el psicoanalista equiparado al cura y el acto de análisis a la confesión. El pasado cultural absorbía y envolvía lo nuevo que estaba llegando a esa población (estos procesos se explican más adelante). Una vez que es difundida la teoría, se transforma en una representación social autónoma que ya no puede tener gran semejanza o incluso ninguna con la teoría original. En este sentido, la representación social es un cuerpo organizado de conocimientos que se constituyen a partir de nuestras experiencias, pero también de las informaciones, conocimientos y modelos de pensamientos que recibimos y transmitimos a través de la tradición, la educación, las conversaciones y la comunicación social. Son entidades prácticamente tangibles, circulan, se cruzan y se cristalizan en nuestro universo cotidiano mediante las palabras, los gestos, las narraciones, las interacciones, entre otras. Tanto los objetos materiales con que a diario nos encontramos o consumimos, como los productos fabricados están impregnados de estas representaciones pues, por un lado, se sabe que corresponden a la sustancia simbólica que entra en su elaboración y, por otro, a la práctica que producen. De tal forma que una lata de Coca Cola no es solamente una lata de cierto sabor: lleva impregnada propaganda, colores, personajes y nombres que se le han endosado durante años, tiene cierta historia. En ese sentido, las representaciones tienen una doble vertiente, son una manera de interpretar y constituyen una forma de pensamiento: es la actividad mental de los grupos frente a algún objeto, acontecimiento o personaje significativo (Moscovici, 1961; 1988).

Las representaciones contienen un significado establecido por sujetos sociales, lo cual no debe verse como una simple reproducción, sino como una construcción, en donde no sólo el objeto juega un papel importante, también los sujetos activos y creadores de cada una de ellas, el grupo al que se pertenece y el contexto socio-cultural que los rodea. Robert Farr lo expresa así: en las sociedades, la gente pasa mucho tiempo hablando y conversando, quien quiera abordar las representaciones debe poner especial atención en el contenido de estas conversaciones, que cobran formas muy variadas: “formales, charlas de café, diálogos telefónicos o parloteo de salón, subrayan, por su misma diversidad, el interés que presenta el estudio de la influencia del contexto

tanto sobre el contenido como sobre el desarrollo de la conversación” (1984, p. 496). De ahí la necesidad de trabajar con técnicas que produzcan discursos, narrativas, conversaciones, pues en ellas se vehicula el significado de lo que se conoce, representa y se desea expresar (Biglia y Bonet Martí, 2009).

Explorar las producciones de conversaciones y narrativas, en términos metodológicos, es crucial al momento de hacer un estudio sobre representaciones o como certeramente lo plantea Vicente Sisto (2000, p. 115): “para comprender el devenir social, se hace urgente indagar los significados que construyen los sujetos, pues son estos los que basan la acción individual”. De ahí la demanda que se realiza en la investigación social en el sentido de abordar esta textura discursiva fundamental.

SON DE GRUPO Y SOCIALES

Hay que mirar las representaciones como una pequeña interpretación de la forma en que pensamos nuestra cotidianeidad, nuestra realidad, mediada por los grupos en que participamos, ya que dichos grupos interactúan con otros, se comunican, tienen marcos de referencia en un contexto cultural. En efecto, los grupos son los que se representan objetos socialmente significativos, son quienes dan cuenta de cómo se piensan ciertos objetos, personajes, situaciones de la realidad social. Son de grupo porque tienen un fondo cultural común que circula mediante discursos, conversaciones, basado en creencias y prácticas sociales e incluso de conocimiento derivado de la ciencia. La cultura se filtra, así, mediada por los grupos. Puede afirmarse que las representaciones sociales son la consecuencia de la manera de pensar y actuar de los grupos, que gracias a la interacción y comunicación en que se encuentran inmersos se van edificando todos los días, de tal suerte que esas representaciones que forjan le dan coherencia a la forma de actuar y pensar, para después ser interiorizadas por las siguientes generaciones. En consecuencia, las representaciones son sociales porque son de grupos e inmanentes a los objetos de referencia, lo social interviene ahí de varias maneras:

a través del contexto concreto en que se sitúan los individuos y los grupos; a través de la comunicación que se establece entre ellos; a través de los marcos de aprehensión que proporciona su bagaje cultural; a través de los códigos, valores e ideologías relacionados con las posiciones y las pertenencias sociales específicas (Jodelet, 1984, p. 473).

Lo social estriba no sólo en que son compartidas por entidades amplias, sino en eso “que se imprime en determinados objetos con base en la naturaleza de *la relación* que se establece con ellos, y es precisamente la naturaleza de esa relación la que es defensorio de lo social” (Ibáñez, 1994, p. 183). En ese sentido, las representaciones son de alguien y sobre algo: son de una colectividad, extensas; son expresiones de una organización social; orientan las comunicaciones y el comportamiento de la gente. Se establece una relación entre lo representado y quienes se lo representan. Hay ahí un pensamiento social, un pensamiento compartido y simbólico.

A través de las representaciones, se van transmitiendo conocimientos, informaciones y formas de pensamiento que se reciben y se van divulgando a través de la tradición, educación y cultura; es por ello que se les denomina sociales, porque es un conocimiento socialmente elaborado y compartido. Al dar sentido, dentro de un incesante movimiento social, acontecimientos y actos terminan por ser hábitos habituales, este conocimiento forja las evidencias de nuestra realidad consensual, participando en la edificación de la realidad. Las representaciones sociales, en sentido estricto, son compartidas por una determinada cultura, con ciertas condiciones sociales, en que se comparten experiencias y dinámicas sociales.

DOS PROCESOS: OBJETIVACIÓN Y ANCLAJE

Ahora bien, Moscovici (1961) habla de dos procesos importantes, uno de ellos tiene que ver con cómo lo social va a ir transformando al objeto en representación y cómo esta representación cambia con lo social. Se trata de la

objetivación y el *anclaje*, que se refieren a la elaboración y al funcionamiento de la representación social.

La objetivación es ese proceso que hace concreto lo abstracto; es un procedimiento por medio del cual las nociones abstractas se convierten en imágenes y de este modo la palabra se corresponde con el objeto (Jodelet, 1984). Tiene que ver con ese paso de lo conceptual a lo empírico, a lo tangible, a lo comprensible. Como poner en personaje la noción de psicología y aparece un terapeuta, o la de un científico y aparece Einstein. De esta manera, las ideas y lo abstracto van materializándose, concretándose y posibilitando que la gente pueda externalizar sus representaciones o, sencillamente, asir el objeto de representación en cuestión, para así poder crearlo, conocerle y darle un uso en sociedad (Guimelli, 2004). Al usar la noción de peso, para dar cuenta de la noción de “masa” en física, se materializa una noción con contornos precisos, que da cuenta de un fenómeno ya comprensible y común.

En el caso del anclaje, tiene que ver con el enraizamiento de la representación y su objeto. Este proceso tiene la función de cambiar aquello desconocido o novedoso por algo familiar, lo nuevo adquiere sentido en función de lo viejo, lo extraño se vuelve habitual, lo desconocido cobra forma en lo conocido. Se puede citar un caso emblemático, la tesis de doctorado del autor de esta teoría: el psicoanálisis como forma de confesión fue una representación que se encontró en la Francia de los años 60, una nueva ciencia se envolvía con el manto de lo tradicional: la religión. El psicoanalista cobró la forma conocida del cura y la terapia cobró la forma de acto de confesión (Moscovici, 1961). Pensamiento social en acción, representaciones sociales en formación (Ibáñez, 1994). Es la inserción orgánica de lo nuevo dentro de un pensamiento ya constituido (Jodelet, 1984). Es ese proceso en que las cosas nuevas, expresiones, movimientos, modas, saberes, prácticas, se van interpretando a la luz de los saberes, prácticas, modas, expresiones y cosas ya conocidas. Por eso, diversos movimientos estudiantiles a pesar de mostrarse como novedosos se les interpreta desde esquemas ya conocidos.

Ahora bien, entre estos dos procesos que van configurando las representaciones, Ivana Markova (2004) señala una relación de encuentro entre la

objetivación y el anclaje, pues ambas contribuyen a la estabilidad o hacia la permanencia del estado existente. No obstante, en ocasiones, la objetivación está orientada hacia el cambio, de ahí que se señale que las representaciones son dinámicas.

Abordar desde las representaciones sociales un acontecimiento como el movimiento de 1968, conocer su proceso y edificación nos ayudará a centrarnos en lo complejo pero importante que es para la existencia del pensamiento social y la vida de los grupos este suceso. Asimismo, posibilita entender que dentro de las representaciones se dan estos pequeños cambios que ayudarán a las personas a establecer las relaciones que hay entre ellos, la naturaleza y los objetos preexistentes en su mundo social. Ese que habitan todos los días y del cual requieren cierto dominio.

En este camino de edificación de las representaciones, hay una construcción social y psicológica que lleva una serie de procesos, los principales son: una óptica de la actividad cognitiva, a través de la cual las personas construyen su representación. A su vez, esta representación presenta dos dimensiones. Una es el contexto, pues las personas están inmersas en este ámbito social, interactuando socialmente con otras y es en el entorno donde aparece la representación como un caso de cognición social.

Otra dimensión es la pertenencia, las personas se encuentran en un orden social, adquiriendo valores, normas, creencias, ideas provenientes del grupo al que pertenecen. Cuando la pertenencia es propia de sujetos que comparten una misma condición social o una misma experiencia social, la representación frecuentemente se relaciona con una dinámica que hace que intervenga lo imaginario. Situada en el cruce de las coacciones sociales que pesan sobre las personas y sus deseos o carencias que hacen eco de ellas, las representaciones expresan y permiten trascender sus contradicciones. Otro punto acentúa la representación como una forma de discurso y las características que irán desprendiéndose de los discursos de la gente situada en sociedad: sus propiedades sociales provienen del ámbito de la comunicación, de la pertenencia social de los sujetos que hablan y de la finalidad de su discurso. La cuarta óptica, es la práctica social de las personas, pues ellas reproducirán diversas

representaciones, que de alguna manera reflejan las normas institucionales en que se encuentran inscritas. No da lo mismo vivir en el norte que en el sur de México, por ejemplo. Otro más, apunta a que las relaciones intergrupales determinarán la dinámica de las representaciones, esto es, que el desarrollo de las interacciones entre distintos grupos delimitan las representaciones que los integrantes tienen de sí mismos, de su grupo, de otros grupos y sus integrantes (González, 2013; Romero, 2004).

Ahora bien, hay que tener en cuenta que hablar de representaciones y sus procesos implica pronunciarnos sobre el grupo, sus interacciones, así como su actitud, percepción y un pensamiento compartido; que son, al mismo tiempo, configurados por las representaciones sociales, ya que sin dichos elementos éstas no existirían.

Las representaciones desempeñan un papel fundamental en las prácticas y en la dinámica de las relaciones, pues éstas responden siguiendo cuatro funciones esenciales (González, 2013; Guimelli, 2004):

- 1) Saber: permiten extender y explicar la realidad.
- 2) Identitarias: definen la identidad y permiten la salvaguarda de la especificidad de los grupos.
- 3) Orientación: conducen los comportamientos y las prácticas
- 4) Justificadoras: permiten justificar a posteriori las posturas y comportamientos.

Debemos resaltar una de las funciones señaladas, esa que va a dotar al sujeto de identidad social, que a su vez ira construyendo su propia realidad social a través del lenguaje –comunicación con otros–, formando grupos de ideologías en un mundo en constante cambio.

Como bien menciona Jodelet,

la caracterización social de los contenidos o de los procesos de representación ha de referirse a las condiciones y a los contextos en los que surgen las representaciones sociales, a las comunicaciones mediante las que circulan y a las

funciones a las que sirven dentro de la interacción con el mundo y los demás (1984, p. 474).

Interacción social, en sentido estricto.

SU ESTUDIO

Desde la teoría de las representaciones sociales se han abordado diversas temáticas, lo mismo la salud y enfermedad, que la infancia y la vejez o el medioambiente y el agua, sólo por dar unos ejemplos. El cuerpo ha sido estudiado desde la óptica aquí revisada. En varias poblaciones de Europa se abordó la salud y la enfermedad, encontrando que la primera se asocia a la naturaleza y la propia constitución de las personas, esto es, que ya se nace así, y por tanto no hay que explicar por qué se está saludable, eso es normal. No ocurre lo mismo con la enfermedad, que se atribuye al ritmo acelerado de la vida y a una alimentación no natural: el medio industrializado es el que provee de aditamentos para la enfermedad. Ello se explica, en parte, por el pasado rural de estas sociedades, donde lo natural estaba vinculado a un ritmo de vida lento, armonioso y sin aparentes males (Farr, 1984). En el caso de la infancia, a partir de novelas, autobiografías, películas, así como literatura infantil y los comics que producen los adultos, se cae en la cuenta que el mundo infantil es un mundo diferente, producto del pensamiento de los adultos, creando todo un mito sobre la infancia, percepción a la que recientemente contribuyen arquitectos y urbanistas diseñando y edificando instalaciones donde permanecerán los niños y se delineará su pensamiento y actuación (Farr, 1984). En el caso del agua, ésta se mira como algo natural y benigno, no permitiendo su clorificación por considerar que el cloro es artificial y provoca daños, no así el agua contaminada.

En México, hace unos años un grupo de investigadores exploró el pensamiento de adolescentes y jóvenes sobre la política. En un libro titulado *Pensando la política. Representación social y cultura política en jóvenes mexicanos*

(González, 2006) se exploró lo que para diferentes grupos de cuatro entidades del país significaba la política. En Tlaxcala, Puebla, Querétaro y Ciudad de México se investigó cómo es que los jóvenes se veían ante los escenarios de la política y a los políticos. Para los diversos grupos de participantes la política resultaba necesaria, aunque no se manifestaba como debería hacerlo, esto es, había un escenario simbólico, el ideal, y uno más empírico, el real. Uno es al que se aspiraba y otro era el que imperaba. Cabe resaltar que en los distintos grupos, de las cuatro entidades, la corrupción apareció como el elemento central de esa política que se ha practicado en nuestro país. Asimismo, surgían las figuras del presidente, de los partidos y del Gobierno como nociones claves para entender la política y su ejercicio. Lo mismo, la distancia que había entre esas figuras y la población, en especial con los jóvenes. Una conclusión derivada de este trabajo fue que a este sector le interesaba participar políticamente y en las decisiones de sus comunidades, escuela o barrio, aunque no necesariamente por los canales que oficialmente se ofrecían. La configuración de un pensamiento compartido, en este caso, ha permitido comprender el distanciamiento o poca participación en las elecciones por parte de los jóvenes.

LAS REPRESENTACIONES SOCIALES COMO PENSAMIENTO DE CORTA DURACIÓN

Si la historia de las mentalidades es un pensamiento más proclive a la larga duración y la memoria colectiva es tendiente a la mediana duración, las representaciones sociales, en tanto producto de las mentalidades y la memoria, devienen más en el sentido de la corta duración. Pero, si se modifican las dos primeras, evidentemente las representaciones se irán transformando. El proceso de anclaje le deposita un pie en la cultura y el pasado, pero los procesos de objetivación y edificación en el presente le ponen el otro pie en relación con los sucesos recientes. Al respecto, hay que señalar que la presencia de los medios de comunicación, como la televisión, el cine y ahora el internet

y las redes sociales, impactan el conocimiento de la vida cotidiana y lo van transformando.

Las representaciones sociales son un pensamiento social, son un pensamiento de la sociedad, pues se imponen sobre los grupos, son formas compartidas de pensar, percibir y mirar la realidad. De igual forma, a diferencia de las mentalidades y la memoria, asistimos y vemos cómo se van conformando, edificando, lo cual ocurre en el corto plazo. Por ejemplo, hemos presenciado la configuración de las representaciones de fenómenos relativamente recientes como el sida, el libre mercado en Europa del Este, la democracia en países de Latinoamérica, el uso de redes sociales más recientemente o el significado del dinero en infantes con la llegada de los cajeros automáticos. No podría decirse algo distinto sobre el fenómeno del calentamiento global. Todos ellos, de un relativo reciente tiempo. Así pues, las representaciones sociales bien podrían concebirse como un pensamiento proclive de la corta duración.

COMENTARIO

Lo que prosigue explorar, después de lo manifestado por los jóvenes en torno a la política y su quehacer, es hurgar el pensamiento social que este sector tiene sobre los movimientos sociales, esos que irrumpen en la escena nacional y que se alejan de las prácticas viciadas de los partidos políticos. En efecto, las representaciones sociales, ese pensamiento compartido, ese pensamiento social, posibilita explorar el significado del movimiento estudiantil de 1968 a casi 50 años de su manifestación. Lo puede hacer a manera de recuerdos, pero también cómo se representan un movimiento en la actualidad, esto es, qué significados comparten los jóvenes hoy día sobre un suceso que parece distante y que bien podría representar una alternativa de participación, de expresión y de encarnación de la inconformidad que se vive en estos tiempos en nuestro país. No haber sido partícipe de una determinada expresión, como un movimiento social, no significa que no haya una representación significativa de parte de un grupo de jóvenes en la actualidad.

REFERENCIAS

- Aguirre Rojas, C. (2003). La presencia de la corriente francesa de los Annales en México. Primeros elementos para su interpretación. En Hernández C. (coord.), *Tendencias y corrientes de la historiografía mexicana del siglo xx*. México: Colmich.
- Bartlett, F. (1932/1995). *Recordar. Estudios de psicología experimental y social*. Madrid, España: Alianza, 1995.
- Barros, C. (1993a). Historia de las mentalidades, historia social. *Historia Contemporánea*, 9, 111-139.
- Barros, C. (1993b). La contribución de los terceros Annales y la Historia de las Mentalidades 1969-1989. En C. González (ed.), *La otra Historia. Sociedad, Cultura y Mentalidades* (pp. 87-117). País Vasco, España: Universidad del País Vasco.
- Baudrillard, J. (2000). *Contraseñas*. Barcelona, España: Anagrama.
- Berr, H. (1961). *Al margen de la historia universal*. México: UTEHA.
- Berr, H. (1962). *La síntesis en Historia*. México: UTEHA.
- Biglia, B. y Bonet Martí, J. (2009). La construcción de narrativas como método de investigación psico-social. Prácticas de escritura compartida. *Forum Qualitative Sozialforschung/Forum: Qualitative Social Research*, 10 (1), Art. 8. Recuperado el 11 de septiembre de <http://nbnresolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs090183>.
- Billig, M. (1990). Memoria colectiva, ideología y la familia real británica. En D. Middleton y D. Edwards (comps.), *Memoria compartida. La naturaleza social del recuerdo y del olvido* (pp. 77-96). Barcelona, España: Paidós.
- Bloch, M. (2002a). *La sociedad Feudal*. Barcelona, España: Akal.
- Bloch, M. (2002b). *La tierra y el campesino*. Barcelona, España: Crítica.
- Bloch, M. (2006). *Los Reyes taumaturgos*. México: FCE.
- Blondel, Ch. (1928). *Introducción a la psicología colectiva*. Buenos Aires, Argentina: Troquel, 1966.
- Braudel, F. (1968). *La historia y las ciencias sociales*. México: Alianza.
- Bruner, J. (1990). *Actos de significado*. Madrid, España: Alianza.
- Bruner, J. (1997). *La educación puerta de la cultura*. Madrid, España: Visor.
- Bruner, J. (2002). *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*. Buenos Aires, Argentina: FCE.
- Burke, P. (2003). *Formas de hacer Historia*. Barcelona, España: Alianza Editorial.
- Candau, J. (1998). *Memoria e identidad*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Sol, 2001.

- Cassirer, E. (1942/1992). *Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*. Buenos Aires, Argentina: FCE.
- Cohen, E. (2003). *Con el diablo en el cuerpo. Filósofos y brujas en el Renacimiento*. México: Taurus/UNAM.
- Díaz, A. y Albarrán, V. (2004). Las prácticas conmemorativas. En S. Arciga (ed.), *Del pensamiento social a la participación* (pp. 151-164). México: UAM/UNAM/UAT/SOMEPSO.
- Dube, S. (1999). *Pasados poscoloniales*. México: Colmex.
- Eco, U. (1998). A todos los efectos. En J. Carrière, et al. *El fin de los tiempos* (pp. 115-166 y 180-283). Barcelona, España: Anagrama.
- Eco, U. (2000). *Tratado de semiótica general*. Barcelona, España: Lumen.
- Farr, R. (1984). Las representaciones sociales. En S. Moscovici (ed.), *Psicología Social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales* (pp. 495-534). Barcelona, España: Paidós.
- Farr, R. (2003). De las representaciones colectivas a las representaciones sociales: ida y vuelta. En J. Castorina (coord.), *Representaciones sociales. Problemas teóricos y conocimientos infantiles* (pp. 153-175). Barcelona, España: Gedisa.
- Febvre, L. (1985). *Eras, la Contrarreforma y el espíritu moderno*. Madrid, España: ORBIS.
- Febvre, L. (1989). *Combates Pela História*. Lisboa, Portugal: Editorial Presenca.
- Febvre, L. (2012). *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La Religión de Rabelais*. Madrid, España: Akal.
- Fernández Christlieb, P. (1991). *El espíritu de la calle. Psicología política de la cultura cotidiana*. México: UdG.
- Fernández Christlieb, P. (1994). *La psicología colectiva un fin de siglo más tarde*. Barcelona, España: Anthropos.
- Galeano, E. (1986). *Memoria del fuego III. Las caras y las máscaras*. México: Siglo XXI.
- Ginzburg, C. (1997). Prólogo a la Edición Italiana de I Re Taumaturghi de Marc Bloch. *Argumentos*, 26, 17-25.
- Goicovic Donoso, I. (1998). *Sujetos, mentalidades y movimientos sociales en Chile*. Viña del Mar, Chile: Ediciones CIDPA.
- Gómez de Silva, G. (1985). *Breve diccionario etimológico de la lengua española*. México: FCE/Colmex.
- González, D. (2002). Historia de las mentalidades. Evolución Historiográfica de un concepto complejo y polémico. *Obradoiro de Historia Moderna*, (11), 135-190.
- González, M. (coord.) (2006). *Pensando la política. Representación social y cultura política en jóvenes mexicanos*. México: Plaza y Valdés.

- González, M. (2013). Las representaciones sociales. En S. Arciga, J. Juárez y J. Mendoza (coords.), *Introducción a la psicología social* (pp. 137-162). México: Miguel Ángel Porrúa/UAM-I.
- Guimelli, Ch. (2004). *El pensamiento social*. México: Fontamara.
- Grijelmo, Á. (2000). *La seducción de las palabras*. México: Taurus.
- Halbwachs, M. (1925/1968). *Les cadres sociaux de la mémoire*. París, Francia: Félix Alcan.
- Halbwachs, M. (1950a/1968). *La mémoire collective*. París, Francia: PUF.
- Halbwachs, M. (1950b/2004). La memoria colectiva y el tiempo. En J. Mendoza, *El conocimiento de la memoria colectiva* (pp. 103-137). México: UAT.
- Ibáñez, T. (1994). *Psicología social construccionista*. México: UdG.
- Iggers, G. (2013). *La historiografía del siglo xx. Desde la objetividad científica al desarrollo posmoderno*. Santiago, Chile: FCE.
- Jodelet, D. (1984). La representación social: fenómenos concepto y teoría. En S. Moscovici (coord.), *Psicología social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales* (pp. 469-494). Barcelona, España: Paidós.
- Markova, I (2003). La presentación de las representaciones sociales: diálogo con Serge Moscovici. En J. A. Castorina (comp.), *Representaciones sociales. Problemas teóricos y conocimientos infantiles* (pp. 111-152). Barcelona, España: Gedisa.
- Mead. G. (1929). La naturaleza del pasado. En G. Mead (2009), *Escritos políticos y filosóficos* (pp. 375-381). Buenos Aires, Argentina: FCE.
- Mendoza, J. (2014). La configuración de la memoria colectiva: los artefactos. Por caso, la escritura y las imágenes. *Entreciencias. Diálogos en la sociedad del conocimiento*, 2 (3), 103-119.
- Morales, L. (2005). *Historia de la historiografía contemporánea (de 1968 a nuestros días)*. México: Mora.
- Moscovici, S. (1961/1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires, Argentina: Huemul.
- Moscovici, S. (1988). Notes toward a description of social representations. *European Journal of Social Psychology*, 18 (3), 211-250.
- Offenstadt, N. (2009). *Las palabras de historiador*. Santiago de Chile, Chile: Libros del Entrevero.
- Raminelli, R. (1990). Lucien Febvre no camino das mentalidades. *R. História* (122), 97-115.
- Ramos, R. (1989). Maurice Halbwachs y la memoria colectiva. *Revista de Occidente*, 100, septiembre, 63-81.
- Revel, J. (2005). *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Manantial.

- Ricoeur, P. (1985). *Tiempo y narración I*. México: Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (1999a). Definición de la memoria desde un punto de vista filosófico. En F. Barret-Ducrocq (dir.), *¿Por qué recordar?* (pp. 24-28). Barcelona, España: Granica.
- Ricoeur, P. (1999b). *La lectura del tiempo pasado: Memoria y olvido*. Madrid, España: Arrecife/Universidad Autónoma de Madrid.
- Romero, E. (2004) *Representaciones sociales. Atisbos y cavilaciones del devenir de cuatro décadas*. México: BUAP.
- Semprún, J. (1995). *La escritura o la vida*. Barcelona, España: Tusquets.
- Semprún, J. (2001). *Viviré con su nombre, morirá con el mío*. Barcelona, España: Tusquets.
- Shotter, J. (1996). El lenguaje y la construcción del sí mismo. En M. Pakman (comp.), *Construcciones de la experiencia humana, I* (pp. 213-225). Barcelona, España: Gedisa.
- Sisto, V. (2008). La investigación como una aventura de producción dialógica: la relación con el otro y los criterios de validación en la metodología cualitativa contemporánea. *Psicoperspectivas.cl*, VII, 114-136.
- Vargas Llosa, M. (1990). *La verdad de las mentiras*. Madrid, España: Suma de letras.
- Vázquez, F. (2001). *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario*. Barcelona, España: Paidós.
- Vovelle M. (1991). *Ideologías e mentalidades*. San Paulo, Brasil: Editora Brasilense.
- Vygotsky, L. (1930/1979). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. México: Grijalbo, 1979.
- Wiesel, E. (1999). Prefacio. En F. Barret-Ducrocq (dir.), *¿Por qué recordar?* (pp. 11-13). Barcelona, España: Granica.
- Wundt, W. (1912/1990). *Elementos de psicología de los pueblos*. Barcelona, España: Alta Fulla.
- Zarauz, H. (2000). *México: Fiestas cívicas, familiares, laborales y nuevos festejos*. México: Conaculta.

El trabajo de análisis de los materiales revisados y registrados para esta investigación, posibilitan una reflexión en distintas trayectorias, indicadores o ejes y categorías. Las propuestas que a continuación se muestran están pensadas, de manera inicial, para presentar el material de acuerdo a lo argumentado en ciertas ideas del marco conceptual, esto es, desde la óptica de la historia de las mentalidades, la memoria colectiva y las representaciones sociales; y, en un segundo momento, con elementos de las narrativas que los entrevistados proporcionaron.

A las personas que se les realizó una o varias entrevistas, se les incluyó, ya sea porque participaron en el movimiento estudiantil, fueron testigos de los sucesos o se sienten herederos de este movimiento, como ocurre en el caso de los jóvenes. La mayoría de los entrevistados tienen una característica en común: participan en algunas de las actividades alrededor de la conmemoración del movimiento de 1968, ya sea en la marcha del 2 de octubre, en una exposición, asisten como público a una conferencia o mesa, o pertenecen a un colectivo con actividades políticas que reivindican los movimientos estudiantiles.

Desde diversas perspectivas que se señalarán a continuación se trabajan ejes y categorías de análisis como:

HISTORIA DE LAS MENTALIDADES

AUTORITARISMO ARRAIGADO

Es una constante referencia el autoritarismo que se vivía en el México previo a 1968. Lo cual alimentó la inconformidad de los jóvenes estudiantes participantes. Dicho autoritarismo no se encubó en años, sino que provenía de décadas atrás y remite a ciertas formas que se practicaban en distintas instituciones, no sólo en el orden político sino en el orden cultural y en el ámbito de la familia.

LA VIEJA PROTESTA ESTUDIANTIL

Existen señales, indicios, una línea que lleva a reivindicar algunas luchas estudiantiles que se desarrollaron, por ejemplo, en el Porfiriato, las cuales son traídas a colación para señalar un cierto alimento político del movimiento de 1968. Asimismo, se da cuenta de otras protestas estudiantiles que terminaron con la intervención de la policía o el ejército en diversas universidades del país.

LA IDEOLOGIZACIÓN DE LA PRENSA

Antes, durante y después del movimiento de 1968, la prensa, en términos generales, dio un trato denostativo a las expresiones de disidencia, que fue el caso de los movimientos estudiantiles. Una ideologización expresa, colocándolos del lado de la ola y el comunismo internacional. Se alimentó la paranoia gubernamental, en el sentido de que los estudiantes eran agentes del comunismo. Al paso de los años, el trato no se ha modificado del todo, a grado de criminalizar la protesta, no sólo por parte del poder, sino de cierta prensa.

MEMORIA COLECTIVA

EL SIGNIFICADO DEL MOVIMIENTO DE 1968

A 50 años qué significado cobra el movimiento estudiantil de 1968, cómo se narra, qué provoca en la gente que participó en aquella gesta o en quienes fueron testigos en aquel tiempo. Se ha modificado su percepción de entonces a la fecha, permanece igual, qué nos dicen medio siglo después o como lo señala un brigadista del movimiento, quien se desmarca de los dirigentes: se trata de dar cuenta de lo que pensaban, lo que aprendieron y por qué no se dieron por vencidos.

FECHAS Y LUGARES DEL MOVIMIENTO

La memoria colectiva se forja con marcos sociales como el tiempo y el espacio, en este caso, se exploran las fechas y lugares significativos para quienes vivieron el 68: fechas, como el 13 de septiembre, la manifestación del silencio o el 15 de septiembre en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) o el Instituto Politécnico Nacional (IPN). Lugares como Ciudad Universitaria o el Casco de Santo Tomas, sitios testigos de batallas, asambleas y entrada del ejército, y, por supuesto, Tlatelolco, la plaza de las Tres Culturas.

PERSONAJES DEL MOVIMIENTO

Existen figuras emblemáticas, como el rector de la UNAM, Javier Barros Sierra, el director del IPN, Guillermo Massieu Helguera, por el papel que jugaron durante el conflicto. Asimismo, algunos de los dirigentes son nombrados, se les recuerda por su grado de presencia o figuras como José Revueltas y Heberto Castillo. Distintos nombres que impregnaron y remiten a ese 1968.

EL RECUERDO DEL 2 DE OCTUBRE

Diversas narraciones se ofrecen sobre lo ocurrido el 2 de octubre en Tlatelolco. La plaza, las luces de bengala, la iglesia de Santiago, el ejército, el batallón Olimpia, las detenciones en el edificio Chihuahua, gente corriendo. Desde distintos puntos se va reconstruyendo lo ocurrido esa tarde.

LAS CONSECUENCIAS DEL 68

Distintos actores de aquel entonces y de ahora señalan que fue un parteaguas, un punto de quiebre en el sistema priista de gobierno. Que dicha gesta ha constituido, al paso del tiempo, una enseñanza, ha sido un inicio de la práctica democrática, y su resonancia se siente en las elecciones de 1988, el cambio de partido en el poder en el año 2000, y el triunfo de Andrés Manuel López

Obrador en el 2018. Diversas consecuencias y resonancias, según sean los actores, se van planteando.

REPRESENTACIONES SOCIALES

REPRESENTACIÓN DEL 2 DE OCTUBRE

Qué saben actualmente los jóvenes, cómo se les ha narrado, de dónde provienen sus conocimientos sobre el movimiento de ese año. Ha jugado en ello un papel la escuela o qué actores, a partir de qué elementos van configurando sus representaciones sociales.

EVENTOS ALREDEDOR DE LA CONMEMORACIÓN DEL 68

Cómo se interesan los jóvenes actualmente por ese movimiento, cómo se acercaron, por qué su interés; por ejemplo, por qué participan en la marcha del 2 de octubre que se realiza cada año, por qué es importante recordar el 68. Qué es lo que les convoca.

LA PARTICIPACIÓN

Este eje resulta una especulación, pues se interroga a los actuales jóvenes qué hubieran hecho si les hubiera tocado vivir en 1968. Suelen responder que hubieran participado como otros tantos. Estos jóvenes se sienten, de alguna forma, herederos de esa gesta.

SEMBLANZA DE LOS AUTORES

Amílcar Carpio Pérez. Profesor Titular de Tiempo Completo en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), México. Doctor en Humanidades (Historia) por la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (UAM-I). Maestro en Humanidades (Historia) por la UAM-I. Licenciado en Historia por la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Candidato a Investigador Nacional (SNI-Conacyt). Miembro de la Comisión para el Estudio de la Historia de la Iglesia en América Latina y el Caribe (CEHILA-México). Sus más recientes publicaciones son: “La historia y su interlocución con la psicología en los albores del siglo xx: un acercamiento” en Simón Hernández, Jorge Mendoza y Gerardo Ortiz (coord.) *Psicología, Cultura y Educación*, UPN, 2017; “Memoria y artefactos en los procesos de migración: Army y miedos en los exvotos mexicanos”, en Manuel González Navarro, Jorge Mendoza (coord.) *Memoria colectiva de América Latina*, España, Biblioteca Nueva, 2017; Carlos Barreto, Amílcar Carpio, *Miradas Históricas y Contemporáneas a la Religiosidad Popular. Una visión multidisciplinaria*, México, UAEM, 2017. Líneas de investigación o trabajo: Historia Cultural, religiosidad popular, construcción de devociones, Reforma y Porfiriato, enseñanza de la Historia, elaboración de materiales educativos, historia regional (Jalisco y Guerrero). Correo: ozomatli_acp@hotmail.com; acarpio@upn.mx

Jorge Mendoza García. Profesor Titular de la UPN, México. Licenciado en Psicología, Maestro en Psicología Social por la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México; doctor en Ciencias Sociales por la UAM-Xochimilco. Sus más recientes publicaciones son: *Psicología, cultura y educación* (coord.), 2017, UPN; *Memoria colectiva de América Latina* (coord.), 2017; *Psicologías sociales aplicadas* (coord.), 2016; *Sobre memoria colectiva. Marcos sociales, artefactos e historia*, 2015, UPN. Sus líneas de trabajo son: memoria colectiva y olvido social, y construcción social del conocimiento. Correo: jorgeuk@unam.mx

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Otto Granados Roldán *Secretario de Educación Pública*

Rodolfo Tuirán Gutiérrez *Subsecretario de Educación Media Superior*

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

Tenoch Esaú Cedillo Ávalos *Rector*

Elsa Lucía Mendiola Sanz *Secretaría Académica*

Omar Alberto Ibarra Nakamichi *Secretaría Administrativa*

Alejandra Javier Jacuinde *Directora de Planeación*

Martha Isela García Peregrina *Directora de Servicios Jurídicos*

Fernando Velázquez Merlo *Director de Biblioteca y Apoyo Académico*

Xóchitl Leticia Moreno Fernández *Directora de Unidades UPN*

María Teresa Brindis Pérez *Directora de Difusión y Extensión Universitaria*

COORDINADORES DE ÁREA ACADÉMICA

Adalberto Rangel Ruiz de la Peña *Política Educativa, Procesos Institucionales y Gestión*

Jorge Tirzo Gómez *Diversidad e Interculturalidad*

Pedro Bollás García *Aprendizaje y Enseñanza en Ciencias, Humanidades y Artes*

Leticia Suárez Gómez *Tecnologías de la Información y Modelos Alternativos*

Iván Rodolfo Escalante Herrera *Teoría Pedagógica y Formación Docente*

COMITÉ EDITORIAL UPN

Tenoch Esaú Cedillo Ávalos *Presidente*

Elsa Lucía Mendiola Sanz *Secretaria Ejecutiva*

María Teresa Brindis Pérez *Coordinadora Técnica*

VOCALES ACADÉMICOS

Etelvina Sandoval Flores

Rosa María González Jiménez

Jorge Mendoza García

María del Carmen Mónica García Pelayo

Rosalía Menéndez Martínez

Abel Pérez Ruiz

Subdirectora de Fomento Editorial *Griselda Mayela Crisóstomo Alcántara*

Formación *María Eugenia Hernández Arriola*

Diseño de portada *Margarita Morales Sánchez*

Edición y corrección de estilo *Priscila Saucedo García*

Esta primera edición de *Pensamiento social: historia de las mentalidades, memoria colectiva y representaciones sociales* estuvo a cargo de la Subdirección de Fomento Editorial, de la Dirección de Difusión y Extensión Universitaria, de la Universidad Pedagógica Nacional, y se publicó el 3 de diciembre de 2018.